

**Mexicanas al grito de... ¡YA BASTA!**  
**Testimonios de violencia hacia las mujeres**

Premios DEMAC 2019-2020



*Para mujeres que se atreven a pensar y a proponer*

**TOMO IX**  
**4 textos concursantes**



# Índice

|   |           |
|---|-----------|
| <b>ÍNDICE</b> .....                     | <b>2</b>  |
| <b>PRESENTACIÓN</b> .....               | <b>3</b>  |
| MARICELA FONSECA LARIOS                 |           |
| <b>PALABRAS FÉRTILES</b> .....          | <b>4</b>  |
| NÉLIDA CASTILLO                         |           |
| <b>EL REVERSO DEL FEMINICIDIO</b> ..... | <b>24</b> |
| ANA LUPE CASAS MORENO                   |           |
| <b>LOS FRAGMENTOS</b> .....             | <b>39</b> |
| "EME L."                                |           |
| <b>VES LO QUE ME HACES HACER</b> .....  | <b>66</b> |
| "K'SHY"                                 |           |

## Presentación

La violencia contra las mujeres debe ser un tema de reflexión y sensibilización en todo momento. Por ello, Documentación y Estudios de Mujeres, A.C. lanzó una convocatoria para participar en los Premios DEMAC 2019-2020, *Para mujeres que se atreven a pensar y a proponer. Mexicanas al grito de... ¡YA BASTA!*

Se recibieron textos de mujeres mexicanas y extranjeras con residencia permanente en México. Las experiencias descritas en ellos tratan sobre diversos tipos de violencia de género, a partir de vivencias propias y de su particular mirada y parámetros de análisis; se hace evidente, en todos los casos, párrafo a párrafo, el clamor y la necesidad impostergable de erradicar esta situación tan reprobable y dolorosa que viven muchas mujeres en el país.

Por la riqueza y variedad de los textos recibidos, verdaderamente valiosos, DEMAC ha decidido publicar, en varios volúmenes, todos los escritos, tal cual fueron enviados por sus autoras y con su autorización expresa.

El presente tomo IX reúne cuatro escritos de mujeres que tienen entre 23 y 38 años de edad; proceden de la Ciudad de México, Coahuila, Estado de México, y Querétaro. Las autoras liberaron sus historias, escribieron sus reflexiones y propusieron acciones a seguir en contra de las violencias más visibles y extremas, como los feminicidios, violencia de pareja psicológica, física, sexual y económica, violencia obstétrica, violación.

La lectura de los textos nos permite introducirnos en el oscuro mundo de la violencia a través de las voces y miradas de mujeres y, además, nos da la posibilidad de generar una sensibilidad y empatía con miras a mejorar la calidad y cantidad de las acciones en materia de prevención en contra de la violencia hacia las mujeres.

DEMAC agradece a todas las participantes su valentía para compartir sus invaluable testimonios, su arrojo para alzar la voz; todo ello con el objeto de terminar la inaceptable normalización, tolerancia e impunidad hacia cualquier manifestación de violencia contra las mujeres.

¡YA BASTA!

Maricela Fonseca Larios

*Palabras fértiles*

Nélida Castillo

Ingresé cerca de las 8 de la noche, mi mamá estaba en la sala de espera y David cruzaba el estacionamiento intentando entrar. La señorita de la entrada tecleaba rápido: “ingresa por sangrado, embarazo gemelar, domingo 27 de diciembre de 2015, paciente, hora, etcétera”.

Pasé con una doctora que me dio una bata verde agua, fría y arrugada, me aflojé el pantalón y lo deslicé por mis piernas delgadas hasta mis pies, la trusa manchada de sangre se deslizó junto con él, me senté en la cama, como me indicó. Ella salió del espacio rodeado por cortinas gruesas y grises donde estábamos. No dije nada. El corazón me latía muy rápido. Crucé la bata por los brazos y me tapé la espalda. Cuando la doctora volvió, yo estaba inmóvil sobre la camilla, me hizo algunas preguntas mientras revisaba los latidos en el vientre.

El sangrado había empezado esa tarde, no había dolor e intenté no preocuparme, sin embargo, continuó en mayor medida y preferimos acudir de inmediato al hospital. Llamé a David y él llegó a mi casa acompañado por su hermana y su cuñado, quienes nos llevaron. El hospital estaba a media hora de casa, salimos por avenida Zaragoza y dimos vuelta hacia Viaducto, David acariciaba mi vientre y mi mamá me acariciaba el cabello. El camino se me hizo más corto de lo normal, hubiera preferido que durara más. Al llegar mi mamá ingresó conmigo. Él nos alcanzaría, dijo que todo estaría bien y me dio un beso en la frente.

La doctora me indicó que me recostará, abrí las piernas tanto como ella me lo pidió, se colocó unos guantes blancos de látex y dijo: “voy a tocar”. Sentí muchos escalofríos cuando sus dedos de látex entraron por mi vagina, su cabeza estaba justo en medio de mis pies, ella se asomaba dentro mío como si fuera un pequeño túnel y buscara llegar hasta el otro lado, hacía ligeros movimientos con los dedos y sentía como los hundía poco a poco dentro de mí. Movié su cabeza de una forma extraña, sacó su mano, se retiró los guantes manchados de sangre y los arrojó al bote de basura. No recuerdo su cara, ni su voz, no recuerdo si era alta, baja o si tenía ojos grandes o chicos ni su tipo de cabello, sólo recuerdo que

muy sordamente la escuche decir algo sobre mi alto umbral de dolor y que tenía cerca de dos centímetros de dilatación, mi cuello uterino se había empezado a abrir y que tendría que quedarme para ver si podían hacer que cerrara de nuevo, dijo que todo estaría bien y que pronto podría irme a casa.

Me pidió que me quitara todas mis cosas, que me pusiera bien la bata y saliera a informar a mi mamá. Salí de entre las cortinas con mi ropa en la mano. Me sentí muy confundida, no entendía bien lo que decía la doctora, traté de explicárselo a mi mamá lo mejor que pude. No quería entrar sin ver a David, pero la doctora volvió con una silla de ruedas y me dijo que tenía que ingresar. Los altavoces sonaban. El frío de la calle alcanzaba a colarse entre mis piernas desnudas, lo sentí en todo mi cuerpo, recorriendo cada espacio de mi 1.61 de estatura. Mi mamá me abrazó y dijo que todo estaría bien, cuando la abracé en forma de despedida, miré hacia la entrada buscando a David, pero no apareció. Por alguna razón supe que al entrar ahí no volvería a salir siendo la misma.

La silla recorrió dos pasillos y una sala de recuperación, al fondo a la derecha estaba la sala de partos. Todo era blanco, las sábanas, las camillas, las batas de los doctores, las paredes, sus zapatos. Todavía recuerdo esas sábanas frías y secas, aún recuerdo el lugar que ocupó mi camilla, justo en medio de la sala. Me recosté y una enfermera pasó a revisar el pulso de las bebés, me sonrió y escuché de nuevo y por última vez sus latidos. Esa noche las sentí moverse con normalidad y me sentí tan extraña, les hablé un poco y como mi mamá, les prometí que todo estaría bien. Un doctor me explicó que mi cuello uterino se había abierto, que era normal en embarazos gemelares y de alto riesgo, dijo que iban a intentar cerrarlo antes de que empezaran a entrar bacterias. Me dio una pastilla en forma ovalada para insertarla por mi recto, luego, él me inyectó otra cosa por el suero y se fue.

En realidad, no recuerdo que sentía en ese momento, estaba en shock y no podía creer que estuviera pasando, pero al mismo tiempo me sentía con un extraño

alivio de estar ahí dentro, lejos de todos. La noche pasó tranquila, perdí la noción del tiempo, sólo vas tanteando si es de día o de noche por los cambios de turno.

La sala permaneció casi vacía. Al amanecer otro doctor se aproximó de nuevo a mí, me hizo el tacto, de nuevo los dedos de látex entraron por el túnel y noté que el sangrado no había cedido, revisó algo en unas hojas y me explicó que no había nada que hacer, mi cuello no cerraría y la dilatación avanzaba, dijo que las bacterias comenzarían a entrar y crearían una infección peligrosa para las bebés y un riesgo muy fuerte para mí, como yo era su prioridad debían provocar el nacimiento antes de que la infección llegara a las bebés, pues las haría sufrir y yo entraría en riesgo. Realizarían un parto normal, ya que la cesárea dificultaría embarazos futuros, en caso de que hubiera. Un tanto descortés, el doctor mencionó a un enfermero que le ayudaba, algo sobre mi edad, mi condición de mujer y las mil posibilidades de volverme a embarazar, “como si fuera tan difícil” dijo. Yo no dije nada.

La información fue la misma aquí adentro y afuera con los familiares, según me dijo la enfermera que me llevó un par de papeles para firmar.

Me movieron varias veces de lugar, la sala se llenaba y se volvía a vaciar. Me parecía que el tiempo ahí no existía de verdad, sólo era como si todo a mi alrededor se moviera muy rápido, pero el tiempo-espacio actuaran muy muy lento.

Los doctores venían, hacían el tacto, me inyectaban cosas, bromeaban entre ellos y me decían que esperara. Ninguno se detuvo a preguntar cómo me sentía, excepto una doctora, los demás nos realizaban el tacto una a una como si fuésemos carne cruda. Hubo una doctora que se ocupó de criticar cada uno de los casos, tú estás muy gorda, tú estás muy joven, tú no sirves, tú no deberías tener más hijos, tú esto, tú lo otro. Los enfermeros que tomaban los pulsos me brincaban, ya no me dejaron oírlos de nuevo por indicación de los doctores.

Ese lunes me pareció una eternidad, dormía por ratitos y me desesperaba no poder ver a David o a mi mamá, quería saber cómo estaban, saber que les decían.

Para el martes temprano en el primer cambio de turno, cerca de las seis de la mañana yo seguía sin poder dormir del todo; la sala estaba casi vacía y la mayoría de las mujeres que habían llegado el lunes ya habían tenido a su bebé y ahora estaban en piso o en recuperación. Yo tenía mucho frío. La doctora de esa mañana me preguntó qué era lo que me pasaba, platicamos un poco y después de revisar el expediente dijo algo sobre provocar las contracciones para que pasara rápido, luego me dijo “ya no quiero que estés aquí, ya llevas mucho tiempo y es mejor si vas a casa”, yo solo asentí con la cabeza.

Me puso algunos medicamentos y dijo que eso provocaría las contracciones, que esperara un poco, ella se fue y yo, por fin, me dormí muy profundamente. Cuando desperté me sentía con el cuerpo pesado y sentía ligeros piquetes en mi vagina. Después de un rato y de un momento a otro las contracciones comenzaron, sentía como si la cadera me quemara o se me abriera por en medio, me doblaba de dolor, sentí el cuerpo muy caliente y el pecho me palpitaba horrible, las piernas me ardían y me temblaban, en mi cabeza había un choque de pensamientos. La respiración se me iba y el dolor me hizo gritar, me pusieron oxígeno y me inyectaron mucho ketorolaco. Recuerdo que lloraba y gritaba con desesperación, mientras una de las doctoras me alegaba que tenía que dejar de gritar porque parecía loca. Y en verdad, si sentía que el dolor me volvía loca. El ketorolaco me durmió de nuevo, cuando desperté llamaron a la anestesióloga para que me aplicara la raquea. Cuando llegó, me dijo que tenía que estar en forma fetal y que iba a sentir un dolor muy frío. Me doblé como pude, me sentía muy noqueada, sentí ese frío por toda mi espalda como dijo, me dolió mucho, sentí mis ojos llorar, pero no podía hablar, estaba muy dopada por la medicina y mis ojos se cerraban, o quizá mi cuerpo no quería despertar, no lo sé, pero aún recuerdo esa sensación en mi cuerpo.



La anestesióloga me hablaba, pero no recuerdo nada de lo que me dijo o le dije. No supe cuánto tiempo pasó, de repente empecé a volver en sí, no recuerdo mucho hasta el momento en que sentí que algo se salía de mí.

Mi cuerpo se levantó sin pedírsele, me incorporé de un golpe y mis piernas se abrieron en automático, no sentí ningún dolor, sólo pujaba inconscientemente. Un enfermero me vio y corrió hacia la camilla, cuando me miró yo ya estaba llorando, sentía que sostenía sobre mí los 59 kilos que para entonces pesábamos las tres juntas, me quedé con los brazos detrás de mí. Él levantó la sábana blanca que cubría mis piernas, miró dentro y la dejó caer de nuevo, me miró y movió la cabeza. No recuerdo si gritó, si tardaron poco o mucho, no recuerdo ningún sonido, ni a alguien en especial, sólo recuerdo que jalaron la camilla y mi cuerpo seguía pujando. Me dejé caer sobre la camilla mientras ellos la arrastraban por el pasillo hacia el quirófano, tomé mi vientre con las manos como queriendo detener lo que estaba dentro para que no se saliera, pero justo antes de entrar por la puerta del quirófano sentí como acababa de expulsar un bulto grande y húmedo por mi vagina, era la primera de las gemelas.

No pude dejar de llorar, no sabía cómo estar cuerda en ese momento. Entramos a quirófano con una de mis hijas en la camilla. La retiraron y me cargaron para pasarme a la cama de operaciones, alguien me gritaba que aguantara, que no pujara. De repente volví a sentir ese impulso en mi vientre, mi cuerpo se curveo de nuevo y expulsé a la segunda bebé. Mi cuerpo, de nuevo, se dejó caer sobre la camilla, sentí mis piernas temblar y las sabanas húmedas, no recuerdo que me doliera alguna parte, pero sentí un hueco enorme desde mi garganta hasta mis piernas, sentí en mi cuerpo el mismo frío que se coló entre mis piernas el día que ingresé, pero esta vez por dentro, sentí como si me hubieran dejado vacía por completo.

Un doctor preguntó la hora de nacimiento, 2:15 de la tarde, marcaba el reloj de pared que estaba justo frente a mí, repetí la hora en voz alta y alguien dijo “ese reloj está mal, son las 2:52”, no deje de ver aquel reloj que efectivamente no

avanzaba. Una doctora me explicó que tenían que realizar un legrado para sacar los residuos, la sangre y la placenta, yo sólo asentí con la cabeza.

La ginecóloga me acomodó las piernas y se sentó de frente a ellas, de nuevo los guantes de látex se hundirían por aquel túnel ahora vacío, me metió unas pinzas largas con gasas en la punta y empecé a percibir un remolino en mi útero, arriba, abajo, a los lados, se sentía como si me rasgaran por dentro. Las pinzas entraban y salían con las gasas ensangrentadas que eran desechadas al bote de basura, una tras otra. No sé cuánto tiempo duro eso, sólo recuerdo el sentimiento de odio que sentí en ese momento hacia todo, incluso hacia mí.

Miraba esa lámpara redonda, esa que hay siempre en los quirófanos, encima de mí y sentía que me asfixiaba tanta luz, cerré los ojos un buen rato mientras lloraba despacito. La ginecóloga por fin terminó, se quitó los guantes y se fue sin decir nada. Me quedé un momento sola y me obligué a parar las lágrimas, me sentía como noqueada en la camilla, realmente estaba confundida y aterrada. No comprendía bien lo que acababa de pasar.

Otra doctora entró por la puerta y me habló sobre no sé qué, sólo tengo vagamente guardado su reflejo frente a mí y en mi memoria está, muy clara, una única pregunta: ¿quieres verlas? y mi no como respuesta, seguido de muchas lágrimas silenciosas. A veces quisiera poder regresar todo el tiempo y responder que sí, perder el miedo y pedirles perdón, guardar al menos esa imagen de ellas, despedirme de alguna forma, pero ya sé que nada de eso pasará.

La doctora les habló un buen rato mientras las limpiaba, no supe realmente que les hacía, yo sólo las miraba de reojo, aunque había dicho que no las quería ver me moría por abrazarlas, pero no supe cómo decirlo. Tuve miedo de no quererlas soltar o de no sentir ese amor que debía sentir porque estaban muertas, no sabía si podría soportarlo, me sentía muy enojada conmigo, me sentí culpable de todo, aquella doctora que realizaba el tacto en la sala de partos y que había dicho que mi cuerpo no servía para tener hijos había cumplido su cometido, me desprecié muchísimo por no poder mantener a mis bebés a salvo, en serio sentí que mi

cuerpo no servía. La doctora las envolvió en algo blanco y les perdí la vista. No supe dónde quedaron, no supe nada más de ellas.

Antes, un doctor me había dicho que por el tamaño y las semanas de embarazo eran entregadas a la familia para que decidieran qué hacer con los cuerpos, supuse que entonces eso pasaría. Valentina nació a las 2 con 50 minutos pesando 350 gramos y midiendo menos de 25 cm, Oshun nació a las 2 con 52 minutos, pesando 355 gramos y midiendo menos de 25 cm, tenían 21 semanas de gestación y yo 22 años.

Cuando por fin me subieron a piso, ocupé un cuarto junto con otras dos chicas y sus respectivos bebés. Pude caminar, ir al baño, comer y ducharme. Mi cama estaba del lado de la ventana y las luces de los autos se colaban. El reflejo del vidrio era suficiente para notar que me veía pálida y mis ojeras eran horribles, tenía los labios secos y sin color, tenía el cabello grasoso, mal acomodado, casi me llegaba a los hombros. Las venas de mis manos estaban lastimadas por los sueros mal colocados, mis piernas y mis pies estaban muy hinchados de estar acostada y mi vientre ahora se sentía guango, los senos me dolían por la leche que habían empezado a producir, los tenía muy hinchados y duros.

Miré a David y a mi mamá en horas de visita en ese cuarto por dos días más, hasta que me dieron de alta el 31 de diciembre, me marché a casa con la cabeza hecha nudos, con todo el dorso vendado para que la leche materna se detuviera, el cuerpo molido y adolorido, algunas cajas de medicamento para el dolor y recomendaciones para próximas planificaciones familiares. Nunca tuve atención psicológica dentro del hospital.

Mientras volvíamos a casa, mamá me acariciaba el cabello y David, esta vez, me acariciaba las manos. En el auto reinaba un silencio muerto. Cuando llegamos a casa, dos moñitos blancos colgados arriba de la puerta nos recibieron, las piernas se me vencieron y solté uno de los suspiros más horribles de mi vida, oí esos moños todo el tiempo que permanecieron ahí.

Dentro de la casa había flores, sillas y velas, lo que me anunciaba un velorio improvisado al que no pude asistir. Cuando por fin entré a mi cuarto encontré una cajita de madera postrada en el mueble frente a mi cama, quise azotarla al piso, pero no pude si quiera tocarla. David y yo habíamos decidido incinerarlas para después llevar las cenizas al mar. Me recosté un rato con David, mis hermanos junto con mis sobrinos y el papá de David me fueron visitando poco a poco. Luego David se fue a su casa y me quedé en silencio un buen rato hasta que me dormí. Por la noche, recibimos el año nuevo de forma improvisada y lo mejor que pudimos. Comimos pollos rostizados y cambiamos las uvas por lunetas que David había traído. Así recibimos el 2016.

A David lo conocí en junio de 2012, frecuentaba a los amigos de mi calle y un día coincidimos buscando trabajo. Nos conocimos y comenzamos a vernos de vez en cuando. Él estudiaba en el Colegio de Bachilleres número 10, tenía novia, no tomaba y solía ayudar a su mamá en el local de comida corrida que tenía. Yo no hacía nada en especial, había dejado la escuela años atrás y entonces no tenía trabajo, acaba de volver de Durango decepcionada del amor, iba a clases de fotografía a Faro y me gustaba beber e ir a fiestas. Después de un tiempo David dejó la escuela y a su novia. Empecé a trabajar en algún lugar de Polanco, dejé el Faro, las fiestas y de beber con frecuencia. Aunque él no bebía, fumaba sin parar, me hacía reír a carcajadas, nos gustaba caminar mucho, hablábamos de todo y planeábamos todo, nos encantaba comer en la fonda de su mamá, escuchar música, ir al tianguis y platicar con sus papás, pero nuestro verdadero enganche fue el sexo.

Desde el primer día que tuvimos relaciones sexuales los dos no pudimos parar, esa sensación de placer nos daba un sentimiento extraño, lo hicimos tanto como y donde pudimos. A veces él me miraba desnuda por largos ratos, le encantaba besar mis pequeños senos, luego, acariciaba de manera muy sutil todo mi abdomen, mis piernas hasta llegara a mis pies delgados, la única parte de mi cuerpo que a mí no me gustaba, a él le excitaba en toda la extensión de la palabra. A mí me encantaba sentirlo encima de mí y mirarlo, sus manos me

parecían las más bonitas y adoraba sentir las en mi cuerpo, su boca de labios gruesos me hacía quererla besar cada minuto y su pecho era mi lugar favorito para dormir. Hablábamos por horas, desnudos sobre la cama, bromeábamos y nos mirábamos largos ratos. Podíamos hacerlo una y otra vez, platicar y volver a empezar. Mis caderas eran pequeñas, pero definidas, los grandes atributos de la familia paterna los había heredado mi hermana, lo cual me había hecho sentir envidia muchos años, pero dejó de molestarme cuando David y yo hicimos aquel contacto, por fin, logré sentirme segura de mi cuerpo porque me agradaba gustarle de esa manera. Después de casi dos años descubrí que no había dejado de ver por completo a su novia del bachillerato, no parecían tener una relación, pero me volví muy desconfiada, de todo enfurecía y solía revisar su celular, me volví sumamente insegura y los problemas explotaron.

Entonces comencé a salir cada vez más seguido con mis amigos: Lizeth, Edgar y Rafa, amigos de la secundaria. Mi amistad con Rafa se volvió muy distinta, comenzamos a escribirnos seguido, le gustaba platicar, caminar, salir y comer, cosas que entonces ya no hacía mucho con David, así que empezamos a vernos más seguido y un día sin más, nos besamos. A mi realmente me atraía Rafa, siempre era muy atento y divertido, era muy guapo, romántico y le gustaban las carreras clandestinas de autos, lo cual me parecía emocionante. De ojos grandes y pestañas largas, su piel morena y brillante, me fascinaba, le gustaba hacer ejercicio y siempre olía rico, tenía un corazón muy noble, le gustaba mucho beber cerveza y por lo general era muy impuntual.

A finales de ese año, decidí terminar mi relación con David para comenzar una nueva con Rafa.

Todo marchó bien un tiempo, me encantaba estar con Rafa y nos llevábamos muy bien, nunca peleábamos, me enseñó a manejar con la paciencia de cien personas juntas, nos desvelábamos platicando y bebiendo cervezas, caminábamos mientras nos conocíamos de verdad. Me gustaba mucho, sin embargo, por alguna razón que no entendía no teníamos relaciones sexuales. No había ese placer que tanto

me gustaba sentir o al que tanto me había acostumbrado con David, todo era salir, platicar y beber. Y ninguno de los dos supo cómo manejarlo.

David nunca quitó el dedo del renglón, continuamos viéndonos al principio, pero después de un tiempo terminamos por acudir a un hotel y acostarnos, los encuentros se volvieron cada vez más frecuentes, yo usaba mis horarios de escuela para verlo, le mentía a Rafa y a mis papás para poder encontrarnos. Siempre el mismo hotel, la misma calle y hora de salida. Poco a poco los besos, las caricias delicadas y las miradas se ausentaron. Él comenzó a tratarme de forma distinta, su coraje y su arrogancia se volvieron el peso de cada encuentro, a mí al principio me parecía normal y hasta excitante, pero cada vez se volvía más agresivo en el sexo y dejamos de sentir ese placer que tanto nos gustaba. Yo casi siempre terminaba llorando, con el cuerpo frío y los labios secos. Cuando él terminaba se fumaba un cigarro sentado al filo de la cama y se vestía en silencio. Era obvio que estaba furioso por mi nueva relación. Todo su rencor lo descargaba mientras nos acostábamos, llegó a ser muy violento tanto física como psicológicamente, me hacía sentir como una prostituta, me tomaba el cuerpo con muchísima fuerza, me lastimaba mientras me penetraba y su mirada se volvió completamente diferente, sus palabras eran hirientes y duras. A veces solo nos deteníamos en medio del coito, yo gritaba, mientras él me miraba furioso y comenzábamos a discutir. Una ocasión peleamos horrible, gritamos y lloramos muchísimo, yo estaba muy enojada por como me hacía sentir, odiaba que no me tratara como antes y él siempre alegaba que lo había dejado por otro, ese día le solté unos golpes al pecho y le grite lo estúpida que me hacía sentir por no dejarlo. El personal del hotel tuvo que llamar a la habitación para asegurarse de que todo estuviera bien.

La última vez que David y yo nos acostamos hablamos mucho tiempo, fue un encuentro diferente, pues ambos habíamos decidido acabar con esa situación. Él aceptó que sentía mucho coraje hacia mí por haberlo dejado y yo estaba harta de su manera de tratarme, sabíamos que nos estábamos haciendo mucho daño y decidimos parar. Nos despedimos en aquel hotel de grandes azulejos de tonos

crema y azul rey, con fotografías enormes del mar en cada piso, de números dorados marcando cada habitación, las ventanas daban a una avenida muy transitada y las camas eran bastante acogedoras, Hotel Puerto Ángel se llamaba aquel lugar.

Mi relación con Rafa siguió su tranquilo curso, la misma semana que deje de ver a David, él y yo nos acostamos un par de veces, nada exitosas. Algo pasaba que no lográbamos sentirnos excitados realmente, Rafa terminaba por echarse la culpa y yo solo me reservaba miradas con bastante desprecio. Nunca le dije realmente lo que pasaba con David, pero de alguna forma sé que lo sabía, yo le tomé un poco de coraje por no saber cómo mantener nuestra vida sexual activa y todo eso debilitó mucho nuestra relación las últimas dos semanas que estuvimos juntos.

El viernes 4 de septiembre de 2015 yo tomé un taxi en metro San Lázaro con dirección al metro Doctores donde Rafa me esperaba reunido con sus papás y algunos amigos. Llegué cerca de las ocho de la noche, la reunión era en el bar de un conocido de su papá, cuando crucé la puerta de la entrada miré a todos bastante animados y con caras embriagantes. Pasamos cerca de tres horas ahí, el ambiente no fue muy grato, pues Rafa y yo ya teníamos bastantes problemas y todos lo notaron. El lugar era pequeño, con mesas para cuatro personas y una barra para clientes solitarios, había muchísimas cervezas y botana por toda nuestra mesa. En la rocola sonaban canciones de amor y Rafa bebía con bastante prisa.

Sus padres no vivían juntos, se habían dejado desde tiempo atrás por razones que desconozco, habían vuelto a tener un acercamiento que terminó en una nueva relación muy extraña. Los dos bebían mucho. Su situación familiar era bastante complicada y casi siempre estaban envueltos en problemas, Rafa nunca supo cómo sobrellevar todo eso.

Cuando por fin decidieron que debíamos irnos, Rafa se puso necio, empezó a pelear con su papá y su mamá trataba de calmarlos, yo me subí al carro y decidí no entrometerme. Cuando por fin se subieron al auto, Rafa quiso abrazarme, pero

yo no quise, estaba molesta y solo quería ir a casa. Él me aventó los brazos y me gritó: “nada es a huevo”, abrió la puerta y se bajó de nuevo del auto. Estaba demasiado alterado. Su papá ya se había ido y en la calle nos quedamos su mamá, el señor del carro, Rafa y yo.

Caminé detrás de él para intentar calmarlo, pero él ya no respondía a nada, no me miraba, no me escuchaba. Yo estaba muy enojada, pero algo en su mirada me provocó mucho miedo. Le grité muchas cosas, le dije de groserías y lo insulté mucho. De un momento a otro se detuvo, vi cómo se volteó hacia un carro que estaba estacionado y en seguida imaginé que se azotaría contra la ventana; como lo había hecho aquella ocasión en que nos detuvieron por conducir en estado de ebriedad, él se puso agresivo con los policías, nos subieron a la patrulla y se enojó tanto que se azotó muy fuerte contra el asiento de la patrulla y se abrió la frente, todo sangrado lo recogí mientras llegábamos al MP, tres puntadas le dieron cuando salimos de ahí; quise meter mis brazos alrededor de su cuerpo para detenerlo y el golpe de puño cerrado que iba dirigido a la ventana del auto terminó en mi brazo. Traté de jalarlo, pero me ganaba en fuerza y tamaño, definitivamente esa noche perdió el control de sí. Al final me aventó, me asusté y corrí por mis cosas que había dejado tiradas más atrás. Cuando tomé mi mochila, lo miré un momento desde lejos, no sabía qué hacer, estaba asustada y enojada, y me repetí muchas veces que no debía estar ahí. Dudé mucho en dejarlo, pero no supe que más hacer, así que corrí sin voltear por la calle hasta eje central y paré un taxi. Era casi media noche, me sentí desorientada y lloraba mucho, como pude le expliqué al conductor hacia donde iba y él me preguntó si me encontraba bien, me ofreció papel y nos fuimos. Me sentí fatal por haberlo dejado ahí, pero de alguna forma me hacía sentir segura que estuviera con su mamá.

Nunca supe lo que pasó esa noche después de que me fui. Al día siguiente, por la noche, me enteré de que Rafa ya estaba hospitalizado y su mamá les había dicho a todos que había sido culpa mía por haberme ido. Mis amigos Edgar y Lizeth, que son esposos, habían sido llamados por Clara, la mamá de Rafa para pedirles que lo llevaran al hospital porque no había reaccionado en todo el día.



Edgar era el mejor amigo de Rafa. Ellos me cuentan que cuando llegaron a su casa, Rafa estaba inconsciente, lo encontraron recostado sobre unas sillas en la cocina. Clara les dijo que después de que yo me había ido, Rafa empezó a buscarme y corrió hasta el Eje Central donde unos tipos lo golpearon hasta que perdió la razón. Ella alegó que no lo llevó enseguida al hospital porque pensó que sólo estaba borracho, así que lo llevó a casa y lo dejó dormido en la cocina, pues pesaba mucho para subirlo a su cuarto. Mis amigos me pidieron que no fuera al hospital pues toda la familia estaba muy enojada conmigo.

No fue hasta el domingo por la mañana que decidí, en contra de todos, ir al hospital. Cuando llegué, como mis amigos me habían advertido, una ola enorme de culpa se me fue encima, todos ahí me miraron con un desprecio increíble, excepto Jairito, su hermano menor, a quien Rafa siempre había tenido que cuidar en la común ausencia de su mamá. Hubo quienes incluso sin conocerme me decían que me fuera de ahí. No supe cómo, ni de dónde saqué tantas fuerzas para ignorar todo eso, desde ese domingo me quedé a dormir junto con mi mamá en el piso de aquel hospital. Rafa estaba en terapia intensiva y el diagnóstico era grave, había recibido un golpe muy fuerte en la nuca y por todo el tiempo que pasó sin ser atendido su cerebro había empezado a inflamarse, quedó inconsciente desde esa noche al salir del bar.

Clara tardó muchos días en permitirme entrar a verlo, primero me decía que sólo podía entrar ella, después que sólo la familia, hasta que le supliqué casi de rodillas que me dejara verlo. Pude ver a Rafa una semana después de haber llegado al hospital Balbuena, la última visita del domingo 13 de septiembre. Con bata, cubre bocas, el cabello recogido en un gorro azul y un lavado minucioso de manos ingresé a la sala de terapia intensiva. Su cama estaba al fondo a la izquierda, la sala era quieta y fría, los únicos ruidos que ambientaban el lugar eran de los aparatos que tomaban los pulsos del corazón o ayudaban a respirar a los pacientes. Cuando al fin llegué a la camilla indicada, las piernas me temblaron y los ojos se me llenaron de lágrimas. Rafa estaba tendido sobre la cama semidesnudo, rodeado de toallas húmedas y con un tubo que salía de su boca.

Tenía un golpe en el labio y los puños hinchados y con costras. En ese momento sentí la culpa de la que todos allá afuera hablaban, me quedé congelada frente a él por unos minutos. Hice lo que pude para no llorar. Un doctor pasó a explicarme un montón de cosas sobre su estado, me dijo que estaban haciendo todo lo posible porque mejorara, pero que la situación era difícil, al final dijo que realmente estaba en él salir de ahí. Me dijo que le hablara porque necesitaba estimulación, aunque estuviera inconsciente podía escucharnos así que debíamos hablarle mucho.

Entonces me acerqué a él, me senté a un lado y comencé a hablarle, “Bobi, aquí estoy” le dije. Le pedí perdón por todo lo que había pasado aquella noche, mientras le tomaba las manos, estaban heladas por todo el hielo que ya se había derretido en aquellas toallas para bajarle la temperatura, le platiqué que muchos habían ido a verlo, que todos afuera lo esperaban, le dije que lo amaba mucho y que lo iba a esperar el tiempo que fuera necesario hasta que se recuperara. Le masajeara los pies y le contaba que dormir en el suelo no era tan malo si tenía un buen cartón, traté de mantener el buen ánimo, que había gente que nos llevaba café y pan en la madrugada, le di los saludos de todos, le pasé recados de sus amigos y le platiqué que sus amigos Perita y Chuchito le habían hecho trampa la última vez que jugaron en el billar, le limpié la cara y le miré aquel pequeño lunar en la punta de su nariz. Cuando tuve que marcharme el pecho se me quebró por completo, me despedí diciéndole que para donde él quisiera ir iba a estar bien, nosotros estaríamos esperándolo si deseaba salir de ahí, vivo o no. Los dos nos decíamos Bobi de cariño.

Esa noche volví a casa a dormir, las noches en el hospital eran muy pesadas, teníamos que dormir en la calle porque en la sala de espera solo podía estar Clara y su tío, así que mi mamá y yo dormíamos en la entrada de emergencias. Dormíamos por turnos, recostadas en un cartón y tapadas con cobijas que mi papá nos había llevado, el frío pegaba de lleno y la noche se complicaba si llovía. De madrugada siempre llegaba gente con café, tamales o tortas para regalar, hacían esa manda en agradecimiento, ya sea porque alguno de sus familiares

había salido mejor del hospital o había fallecido y sabían lo difícil que era estar día y noche ahí. Las ambulancias llegaban a todas horas, siempre veíamos a todos los pacientes que llegaban. Accidentes de autos, caídas, disparos, cortadas, embarazadas, golpes, desmayados, peleas, huesos rotos, etcétera. Yo me sentaba frente a la puerta y cada que oía la sirena de una ambulancia acercarse giraba la cabeza para no ver quien llegaba, se me revolvía el estómago y me daban muchas ganas de llorar, mucho tiempo después de todo esto me siguió alterando el sonido de las ambulancias.

El lunes que volví al hospital Rafa ya había fallecido. Nadie más lo visitó de nuevo, nadie más pudo hablarle otra vez, fue como si sólo hubiese estado esperado mi visita para poder irse o si sólo hubiese sido casualidad.

El velatorio y entierro fueron de lo más difícil, no es que debiera ser alegre, me refiero a que el ambiente familiar fue muy tenso, se sentía el desprecio, la culpa, la tristeza y el rencor. Muchos me juzgaron sin siquiera conocerme, hubo quien me llamo hipócrita y mentirosa, quien me negó la mano durante la misa, quien me señaló y hasta quien me dijo que sólo Dios me perdonaría. Después del entierro todos fuimos a su casa y todo ahí me pareció irreal sin él. Rafa murió el lunes 14 de septiembre de 2015 cerca de las diez de la mañana, tenía 22 años y quizá nunca sabré cuál fue la verdadera causa de su muerte.

No paré de llorar en días, no me levantaba y dejé de comer bastante. Sin embargo, algo había en mi cuerpo que me obligaba siempre a comer, aunque sea un poco, había algo en mí que me hacía sentir extraña. Luego de un par de semanas recordé que no me había venido la regla, por supuesto yo lo adjudiqué en seguida a la situación que acababa de vivir, pero luego un día después de soñar con Rafa supe al despertar que estaba embarazada. Mi mamá compró una prueba de embarazo y lo comprobé.

Mamá en seguida se emocionó, dijo que todo estaría bien y aseguro que saldría adelante por mi bebé, en realidad yo no sabía que quería hacer, la idea de tener hijos no había estado nunca en mis planes de vida, además de que mi estabilidad

tanto económica como emocional estaban hechas trizas, me asusté mucho, la tristeza y el miedo me bloquearon y considere el aborto. Sin embargo, me di cuenta de que no era una decisión fácil de tomar y que dadas las circunstancias en las que me encontraba solo complicaría las cosas todavía más, todos a mi alrededor se tomaron la molestia de opinar, hice enojar a unos cuantos con mi idea del aborto y a otros más con mi última decisión, pues al final yo decidí dejar que el embarazo siguiera su curso.

Empecé a ir al psicólogo, a la clínica e intenté volver a la escuela. La psicóloga que me atendía me ayudaba mucho, en el primer ultrasonido que me realizaron en la clínica 35 del seguro social me enteré que iba a tener gemelos y a la escuela no pude volver porque me costaba mucho trabajo salir o estar sola. Comencé a ver de nuevo a David pues, aunque habíamos dejado de acostarnos, la comunicación había permanecido. El día que lo vi para contarle que estaba embarazada su primera pregunta fue “¿Y de quién es?”, a lo que solo pude responder, que yo también me preguntaba eso desde que la prueba había dado positivo.

En mi casa todos supusieron que era de Rafa, puesto que nadie sabía que había continuado viendo a David y mucho menos que había tenido relaciones con ambos. David al final me dijo que no importaba de quien fuera y que, si yo lo dejaba, él se haría responsable de todo. A mí me reconfortaron mucho sus palabras, no supe si hice bien o mal, pero acepté su propuesta y me sentí cobijada por él, casi como salvada.

Casi nadie lo entendió, mi mamá me hizo darle explicaciones sobre toda mi vida sexual y hasta una prueba de paternidad me pidió, nunca había aceptado mi relación con David y con Rafa había sido todo lo contrario, así que se aferró a querer saber de quién eran.

Algunos a mi alrededor me criticaron por haber mantenido aquellas relaciones, hubo quien se dijo decepcionado de mí y hasta por cualquiera me tomaron.

Todo se complicó un poco más, pero yo me sentía realmente tranquila de saber que David estaba ahí, me sentía segura y capaz de lograr salir de ese hoyo. Hice cuentas de las semanas de embarazo muchas veces y siempre apuntaban a aquella semana donde me acosté con los dos, por supuesto las probabilidades de que David fuera el papá eran mayores, pero para mí ya no era tan importante, por supuesto, acepté que había cometido una irresponsabilidad al no cuidarme. Ya no había vuelta de hoja, así que desistí de dar explicaciones y dejé que todos los demás supusieran lo que quisieran o al menos eso intentaba la mayoría de las veces, pero siempre hubo a quien me sentía con la obligación de darle explicaciones y eso me hacía sentir culpable. Mucho tiempo me autocritiqué muy fuerte por toda esa situación, me castigaba y me costó mucho trabajo mirarme de nuevo al espejo.

Me atendí en la clínica con mi seguro facultativo y en compañía de mi mamá y en una clínica aparte donde acudía con David, ahí fue donde escuchamos sus latidos por primera vez. Los dos estábamos muy nerviosos y a ambos se nos salieron las lágrimas cuando las vimos y las escuchamos por primera vez juntos, sus latidos son el sonido más raro que he escuchado en mi vida, verlas y sentir como se movían dentro de mi vientre es algo inexplicable. David y yo volvimos a hablar de mil cosas, planeábamos toda una vida en horas, salíamos a caminar o a buscar cosas para las bebés, comíamos y nos tomábamos de la mano de nuevo. Sentía como a él realmente lo hacía feliz el embarazo y a mí me ayudaba a no sentir que me tragaba la culpa o la tristeza por la muerte de Rafa.

Ellas me ayudaron a ser valiente para enfrentar esa situación que viví con la muerte de Rafa, por eso elegí el nombre de Valentina para una de ellas y David eligió para la otra bebé el nombre de Oshun, que, dentro de la religión yoruba de la cual él era creyente, es la reina de las aguas dulces, los ríos y los manantiales, representa el amor, la fertilidad y la espiritualidad.

Los días en casa se fueron muy lentos después de salir del hospital, los medicamentos hicieron lo suyo y la regla pronto volvió. Mis pechos no cedieron tan fácil con la leche, se llenaban cada mañana junto con el recuerdo de que no había nadie quien succionara aquel líquido, no había con quien hacer ese vínculo de amamantar a los hijos, del que tanto me hablaron mis cuñadas y mi mamá. Las noches eran cortas y los amaneceres se me hacían eternos, odiaba ver la luz entrar por la ventana. La cajita café que contenía sus cenizas permaneció inmóvil en aquel mueble, de noche yo sentía que la virgen pegada a la caja me clavaba los ojos y no me dejaba dormir, sentía como si me juzgara con la pura mirada. Prendí una veladora cada día casi por un mes, pero la odiaba, odiaba la luz que emanaba. Era como si me autocastigara con eso.

Me obligué de todas las formas posibles a dejar de llorar y a salir de casa, no concluí la cuarentena, me costó mucho trabajo volver a salir sola, pero en cuestión de meses lo conseguí, volví a la escuela y traté de continuar mi vida lo más normal que pude. Mantuve mi relación con David, aunque la verdad no supe como valorarla del todo, me involucré de nuevo con otros tipos, volví a beber, volvimos a pelear y yo me aferré a culparlo de mi malestar emocional, todo me importó muy poco.

Hace unos meses decidí que debíamos terminar pues a pesar de que ambos nos queremos aun fui descubriendo con mucha dificultad que la tristeza se había quedado atorada en mi pecho, que el dolor me estaba comiendo poco a poco por dentro, no supe como deshacerme de la culpa y todo eso lo fui descargando en la relación y en mi día a día. No digo que él haya sido perfecto, sin embargo, ahora después de cuatro años, me doy cuenta de que no permitirme sacar todo el dolor de lo que había vivido solo me hizo sentir peor, me doy cuenta de que no aprender a desprenderme de los errores y las culpas sólo me hizo sentir más peso y huir siempre de mi propia historia sólo me hacía volver a repetirla. Cuatro años después me doy cuenta de que no haberme permitido sanar me hizo perder todavía más de lo que ya había perdido, me estaba perdiendo mi propia vida y con ello todo lo que me rodeaba.

David y yo seguimos hablando de vez en cuando, supongo que hay vínculos que no son fáciles de romper, solo el tiempo dirá que nos depara la vida.

Hoy que me miro al espejo, descubro que mis pestañas largas no volverán y que mis ojos, aunque siguen siendo grandes y bonitos no se mirarán nunca igual, quizá siempre encuentre en ellos un ligero toque de tristeza. Mis pechos tuvieron una terapia muy efectiva de coliflor para detener la leche y ahora están en su tamaño normal, pequeños. Mi vientre mantiene una línea apenas perceptible del embarazo y mis pies, aunque parecen sin cambios notorios los miro totalmente distintos y me gustan. Mi cabello ahora es largo y lacio, mis piernas continúan delgadas y mi peso se mantiene siempre en 54 kilogramos.

A pesar de haber tomado terapia mucho tiempo después de aquel fin de año no había puesto tanto orden en mi cabeza y tanto empeño en sanar como lo hago al escribir estas líneas, el proceso de auto conocernos me ha ayudado a abrir capa por capa en esta parte de mi historia que tanto me marcó y que ahora puedo contar sin culparme, que ahora puedo reflexionarla y aceptar todo lo que de ella he de seguir aprendiendo. Afortunadamente siempre he estado rodeada de personas que me quieren, que me apoyan y que me alientan a seguir avanzando, sin embargo, me doy cuenta de que eso también me ha resultado un obstáculo para aprender a salir adelante sola pues he creado dependencias muy difíciles de manejar. Justo en este momento de mi vida vuelvo a la universidad con la mejor intención de terminar mi carrera, comienzo también a trabajar y me mantengo ocupada en mí, aprendiendo a conocerme en soledad y aprovechando estos espacios donde la escritura me va ayudando poco a poco a poner en orden mi vida.

*El reverso del feminicidio*

Ana Lupe Casas Moreno



## **El reverso del feminicidio**

**¡¡No estás sola!  
Nos tienes a nosotras  
Muchas mujeres que claman por ti,  
Levántate de ese pozo  
Que en el fondo tú creaste.  
Estoy aquí para escucharte  
Para hablar de tu interior  
Para sentirte mejor  
No estás sola, yo estoy aquí.  
(*La reflexiva y el Ave Fénix*)**

### Introducción

Antes que nada, quiero darle las gracias a la asociación DEMAC (Documentación y Estudios de Mujeres, A. C.), por permitirme hacerles llegar este escrito que es mi voz, y agradecer a las mujeres a quien va dirigido, a ustedes, mis muy queridas y apreciables compañeras de vida, mis hermanas, no somos de sangre genética, pero sí de sangre femenina, es un honor para mí presentarles este escrito que funge como lazo entre ustedes y yo; no nos conocemos, pero imagino las caras de muchas, de tantas y tantas mujeres..., de toda la República Mexicana, de todo el mundo, que claman el grito de ¡ya basta!

Quizá este grito sea uno de los trazos, que nos une en este semblante atroz que encarna la cara de la violencia, en todas sus dimensiones y en todas sus formas.

Estoy segura de que la gran mayoría de ustedes tiene una o muchas historias de violencia que contar, de sí mismas o de otras mujeres muy queridas a las que hemos visto o escuchado; quizá más de alguna de ustedes haya sido sobreviviente de lo que no se llegó a concretar como feminicidio, pero quizá muchas otras son sobrevivientes de algún otro tipo de las múltiples caras que presenta la violencia.

Hace unos días, sentada frente a la computadora, veía imágenes de mujeres asesinadas en nuestro país y lo que se movió en mí puede describirse como un sentimiento de tristeza, mezclado con una impotencia subyacente al ver esas horrorosas y mortíferas imágenes de mujeres que tuvieron un nombre, apellido, familia, en muchos de los casos eran madres... En síntesis, ellas tenían una historia que fue cortada literalmente; no pude evitar la tristeza al ver esos hermosos cuerpos destrozados o mutilados por el filo de un cuchillo, de una navaja, un tubo, algún martillo, etc., o simplemente por el accionar de una pistola o las mismas manos de quien está ejerciendo el acto atroz.

Muchas vidas a diario son cortadas, mujeres, niñas, adolescentes: 1205 mujeres por año, en nuestro país, (INEGI, 2004); sabemos que ya es costumbre escuchar o ver en distintos medios de información cómo la violencia crece y se apodera de nosotras como una especie de fantasma que atrapa, que ciñe, que corta la vida de muchas mujeres; y vemos cómo pasa tan normalizada que ya es un fenómeno social, cultural en nuestros tiempos actuales.

Hermosas mujeres; no tenemos armas, no queremos tampoco tomarlas, este no es un grito de guerra; ¡es un grito de lucha!

¡¡Mexicanas al grito de lucha!!

No es un grito de guerra, porque la guerra implica la aniquilación, la destrucción, orquestada por un impulso de muerte, de morir, o dar muerte, estoy segura que si lo hacemos de esa forma, al final de la guerra, no ganaremos nada.

Sería tanto como decir “ojo por ojo” ¡guerra! Mujeres contra hombres o viceversa... y esto es lo que quedaría como herencia, heredaríamos a nuestras próximas generaciones, odio, rencor, resentimiento; quizá lo tengamos por tanta injusticia acontecida día con día, pero no se trata de hacer un infierno en la tierra sino de algo más.

Estoy segura que de nuestro lado se encuentran millares de hombres que se han dado cuenta de las actuales circunstancias, y que están dispuestos a colaborar

para forjar el lado amigable de la vida, un mundo en el que podamos quizá ser hombres, o mujeres sin esa marcada división, simplemente seres humanos.

Me parece que nuestra lucha es por la vida y tenemos que seguir luchando por ella.

Hagamos eco entonces, ¡que se oiga nuestro grito!, ¡que se oiga nuestra voz!, ¡hagamos eco en el país y en el mundo!

No queremos escuchar más que una por una es arrancada cada día cual pétalo de una flor que se deshoja por la mano de alguien, que se le ocurrió deshojarla.

Quizá nos sintamos indefensas, pero no estamos solas.

Ante las caras que encarna la violencia: feminicidio, desapariciones forzadas, maltrato físico, psicológico, abuso sexual, acoso laboral, violencia obstétrica, patrimonial, mutilación femenina, explotación, intimidación, tráfico, prostitución forzada y violencia perpetrada por el estado, entre muchas otras, y las imágenes que quedaron grabadas en mi mente de esas mujeres tiradas en cualquier esquina, carretera, lotes baldíos, surgieron en mí algunas preguntas:

¿Qué habrá pasado en la vida de esas mujeres para que ocurriera tal desenlace? ¿Por qué están muriendo las mujeres en esta forma? ¿Qué hay detrás de la violencia en todas las caras que porta? ¿Quién encarna la violencia? ¿Por qué no podemos avanzar para que esto cambie? Y por último la pregunta que nos convoca, ¿Qué debemos, podemos hacer y exigir las mujeres, ante la avalancha de feminicidios y cualquier otra forma de violencia hacia las mujeres?

## DESARROLLO

Queridas compañeras, les propongo que hagamos una mirada en retroceso, quiero presentarles una propuesta que me ha venido a la mente, se trata de mirar el reverso del feminicidio, no encontré otra forma de darle una lectura a este acto atroz perpetuado por alguien cuyo deseo es el exterminio de la otra persona, ese alguien es responsable, pero creo que para que esto suceda, se encuentra la participación de una u otra forma de la otra parte. Pueden estar de acuerdo o no, pero quisiera que abrieran sus mentes para escuchar.

El feminicida mata porque puede matar a alguien que está ahí, ofrendando su cuerpo; es como si inconscientemente estuviera dando la autorización para hacerlo. Podríamos preguntarnos, pero ¿por qué esta mujer está ahí? ¿Por qué no escapa de su agresor?

Podríamos imaginarnos una escena donde una mujer está atrapada en manos del agresor sin poder escapar; y sin embargo, me parece, que el escape puede ser mucho antes; me viene a la mente la imagen de un ser muy querido por mí, cuya vida ha sido de maltratos por parte de su pareja; ella tiene 41 años, aproximadamente, vive en la ciudad, no sabe leer ni escribir, es madre de tres hijos y dos de ellos ya rebasan la mayoría de edad; la más pequeña vive con su papá. Al escuchar su historia -por casualidad- cuando le pregunté cómo se encontraba, después del funeral de su madre, no me esperaba que me contara en sólo minutos detalles de la vida que ha llevado con su esposo durante aproximadamente veinte años.

Cabe hacer notar, que lo primero que le pregunté fue ¿por qué no lo has denunciado?; ¿no les parece raro? Toda una vida, veinte años aproximadamente y ¿no haber hecho nada?, y por lo que me dijo, no soy la única persona que se lo ha preguntado, incluso hay quién se ha ofrecido a acompañarla a denunciar, sus propios hermanos le han propuesto hablar con él, pero su respuesta es que ella no quiere más problemas con él.

Dentro de todos los golpes que le ha propinado, dos veces la ha mandado al hospital por una rotura de costillas; y golpes en la cara a puño cerrado; y ella lo único que ha dicho en el hospital, es: “me caí”;

¿No les parece este pequeño fragmento de la vida de una mujer como una novela de Televisa? ¿Que en pleno siglo XXI no sepa leer, ni escribir y que esté pasando por todo esto?

Pues así es, muchas personas le han ofrecido su ayuda, dentro de las cuales me incluyo; de ninguna la ha aceptado. En ese momento que me estaba contando me sentí muy triste, porque comprendí que la única que podía hacer algo por ella, era ella; y no ha querido; no les niego que pasó por mi mente, el resultado final si ella no hace algo antes, pero no lo quiere hacer; porque no quiere más problemas con él. Le tiene miedo.

Ustedes podrían objetar y decir, -“Sí claro, le tiene miedo porque la tiene amenazada”, y “-el miedo paraliza-,” es probable, pero este argumento no resuelve el por qué ella no ha aceptado ningún tipo de ayuda, ya no hablemos de la denuncia, sino ayuda hacia ella misma; ella sólo quiere que la compadezcan.

Eso me permite pensar, que hay algo más en ella que el miedo; estoy segura que hay muchas historias parecidas a ésta. También, con todo el dolor de mi corazón, me inclino a pensar que si ella no se deja ayudar, el desenlace pudiera ser el mismo del que nos convoca a hablar el día de hoy, el feminicidio.

Por lo que viene a mi mente la definición de feminicidio propuesta por Diana Russell y Jill Radford:

*“El feminicidio está conformado por el conjunto de hechos y conductas violentas contra las mujeres por ser mujeres, que conducen en algunas ocasiones al homicidio de alguna de ellas”* (citado por Marcela Lagarde).

Conjunto de hechos y conductas; queridas mujeres, ustedes díganme si en veinte años, no se habrán sumado un conjunto de hechos y conductas violentas que pudieran terminar en homicidio.

Entonces, ¿los feminicidios son anunciados? (aunque no sean denunciados).

Lo que yo pienso es que el feminicidio se va gestando, no se mata a alguien de un día para otro, a excepción de casos como el de ciudad Juárez; que quizá tengan otras implicaciones; pero también está comprobado que la mayor parte de los feminicidios se dan en el círculo de personas conocidas por la víctima.

En palabras de la activista Marcela Lagarde:

*“Se ha demostrado que la mayor parte de las mujeres víctimas de homicidios dolosos o culposos en México, han sido víctimas de sus conocidos, de sus próximos; parientes o personas que están relacionadas afectiva o sexualmente con ellas”.* (Marcela Lagarde)

Pues bien, entonces el feminicidio generalmente se da en una relación de pareja.

En este caso se pudiera mencionar que ella es hija de padre alcohólico, y de madre igualmente maltratada por su padre, y se pudiera pensar que son factores de riesgo en donde ella se desarrolló y que además aprendió; pero ella tiene otra hermana, que no vive de esa forma, lo cual quiere decir que vivir entre factores de riesgo, no es una regla para que alguien los repita. Pudiera ser, pero no sucede en todos los casos.

También se pudiera decir que ella es analfabeta; y que esa característica está relacionada con el maltrato, pero lo cierto es que la violencia atañe a muchas mujeres de todas las clases sociales y de todos los niveles socioeconómicos.

Me viene a la mente otro caso que alguien cercano me contó, hace muchos años, una mujer de aproximadamente 38 años, se desempeñaba como maestra en una escuela primaria; su esposo la dejaba y la recogía a diario.

Alguien pudiera pensar, ¡qué bonito gesto de amor! Pero luego me dijo:

“A la maestra, la vienen a dejar y a recoger por celos, y cuando ella llega sola, se tiene que ir rápido, además le checan el kilometraje, que efectivamente sean los kilómetros que recorre para ir y venir a su trabajo”

Otro caso de hace muchísimos años atrás: en una comunidad de la sierra Gorda, una maestra fue asesinada por celos; el ex-marido la esperó a la salida de la escuela y le disparó..., este relato me lo contó mi padre, que era niño en aquel tiempo.

Pues es así como quiero mostrarles como el maltrato hacia las mujeres se da en todas las esferas de lo social. Actualmente las mujeres trabajan desempeñando funciones en el ámbito de lo público y lo privado, en este sentido, parece que el paradigma del poder ha cambiado, lo refiero en cuanto a la función de las mujeres hacia la vida laboral; pero aun así siguen siendo golpeadas, maltratadas, humilladas, violadas, acosadas y en última instancia, asesinadas.

¿Qué pasa? Ni con las campañas para prevenir y concientizar, las leyes del marco jurídico, las penas condenatorias, la formación de centros, etc. la violencia no se ha podido frenar,

¿Qué está sucediendo? ¿Por qué no está funcionando? Quizá las instituciones de asistencia no funcionen porque están diseñadas bajo protocolos que no les sirven para dar respuesta a lo que se quiere neutralizar, en este caso la violencia; pero también es bien sabido que las mujeres a pesar de que están viviendo maltrato no denuncian, lo prefieren callar, convirtiéndolo así en algo privado, (o ella se priva de la denuncia).

Me parece que más que algo institucional o de asistencia social en donde las (asisten ya cuando son golpeadas) el no denunciar, el no hacer nada al respecto, tiene que ver más con la subjetividad de estas mujeres.

Lo voy a poner en estas palabras: ¿existe un impedimento para que este acto de denuncia o acciones legales se realicen?

¿Cuál es éste impedimento?

Y entonces lo que se me ocurrió es que ese algo más debe encontrarse en las historias de vida de cada mujer, pero como es imposible saber esto, entonces pensé que generalmente las mujeres cuando denuncian inmediatamente sienten, culpa, miedo, vergüenza, y es, en este mismo sentido, que no denuncian, porque sienten lo mismo, aunado a la justificación de la impunidad en las instituciones, muchas mujeres que denuncian, inmediatamente se retractan o retiran la denuncia. ¿Es este miedo, culpa, vergüenza lo que les impide denunciar?, si es así, ¿de dónde viene?

Entonces la reflexión la escribimos de la siguiente manera:

Una mujer se une a un hombre en matrimonio o en unión libre por amor, el amor es la promesa de esa unión; y si alguien conoce la canción de “si yo no tengo amor”, una canción muy antigua de la iglesia, da una referencia de lo que podría ser el amor:

“Si yo no tengo amor, yo nada soy Señor,

El amor es comprensivo, el amor es servicial,

El amor no tiene envidias, el amor no busca el mal...”

No dudo que esta referencia al amor es bien intencionada, (aunque dice un dicho, “el infierno está lleno de buenas intenciones”). (dicho popular)

Este amor tiene un matiz de sacrificio en el servicio, en la comprensión, en el no tener envidia, en el no buscar el mal.

Eso me hace pensar que quizá lo que no se pueda denunciar sea el miedo, culpa, vergüenza, por una asimetría que no coincide en lo que significa ser mujer, social y culturalmente, no es lo que se espera de ella.

¿Qué es lo que se espera de ella? Dulzura, suavidad, fragilidad, delicadeza, obediencia, belleza. Son cualidades, y sus funciones derivadas de éstas, que sea madre y que se encargue de la crianza de sus hijos, es decir, la



encargada de la reproducción, que sea buena madre, buena esposa, buena hija; esta bondad le será recompensada por una promesa: el amor de un hombre y una familia como su propiedad. A él se le encomendará ser proveedor, y encargado de la producción del capital.

A través de los ideales de la maternidad y el amor es como esta mujer subjetiva su feminidad. La maternidad y el amor están ligados al sacrificio, vamos a entender el sacrificio como un esfuerzo que alguien se impone, guiado a un beneficio de él mismo o de alguien. Generalmente son las madres las que transmiten a sus hijas la versión de lo que significa ser mujer, el sufrimiento es un elemento infaltable, es un referente que les dicta muchos aspectos de su vida, la mujer termina sacrificando todos los ideales propios, toda independencia y confianza en sí misma.

Pongamos mucha atención en esto, no estoy poniendo forzosamente una imagen de una mujer sumisa, analfabeta, que no trabaja; etc, como principal blanco del maltrato, no se opera de esta forma; como ya habíamos dicho, puede haber mujeres exitosas económicamente hablando, muy letradas y son maltratadas.

Recuerdo el caso que una amistad me contó, en donde su hermana fue jefa de departamento de cirugía; (ahora ya jubilada). Esta mujer es cirujana; ganaba dinero, se puede decir que económicamente estaba bien, y aun así vivía violencia doméstica, le tenía que dar su dinero al marido, aunado a que fue muy celoso, él dormía con un bat de beisbol debajo de su cama, esta mujer “dormía con el enemigo”, tardó veinte años en darse cuenta que vivía violencia doméstica.

Los ideales y mandatos socioculturales se convierten en sentencias para las mujeres, ellos dirigirán su vida, le darán una versión de lo que significa ser mujer; las fallas hacia los ideales originan sanciones o castigos, la culpa, los reproches hacia ella; o el maltrato físico, son muestra de ello.

Un ejemplo de esto podrían ser las frases que cotidianamente se escuchan en mujeres que viven maltrato: “me quedo por mis hijos”, “no puedo abandonar a mi esposo”, “él me necesita”.

Hay una voz del ideal que representa los cuidados maternales: abnegación, el cuidado por el otro, el sacrificio, etc; “a pesar de todo, lo quiero” una declaración final que sitúa al amor como aquello que persiste y justifica todos los sufrimientos y padeceres. (Rosario Allegue y otros).

Quizá sus fallas o sus errores serán una justificación para maltratarle en cualquiera de las formas. Quien ejerce violencia en este caso del hombre hacia la mujer (aunque no nos olvidemos que las mujeres también ejercen violencia hacia otras mujeres, o hacia sus hij@s) la anula como persona singular, no aceptando la diferencia, su intención es de dominio, en una asimetría en todo sentido y un odio hacia lo femenino, busca fallas o errores en ella y serán una justificación para maltratarle en cualquiera de las formas.

Otro cuestionamiento se me viene a la mente y es la implicación de la responsabilidad que se tiene en el desarrollo de un conflicto. Ambas partes son participantes de ello, tendrán que rectificar la posición que ocupan frente a estos hechos, por ejemplo, en el caso que mencionábamos al principio, el de la mujer de 41 años que ha vivido veinte años de violencia en su relación marital, me hace preguntarme, ¿cuál es la implicación de ella en estas situaciones conflictivas que se suscitan? ¿las establece? ¿las mantiene? ¿cómo responde a la agresión?

Se los digo porque al cuestionarla de cómo fue el hecho de que la golpeó, me dijo que le reclamó por alguna cosa, ella se enojó porque le parecía injusta determinada situación y le reclamó, él se molestó; (palabras de ella), uno de los argumentos lo refiere a una situación donde él le dijo “vete”, mejor “vete” lo cual podría pensarse que en cualquier momento se desataría la agresión, ella le dijo: “Por qué me voy a ir, si ésta es mi casa también”... ella sabía lo que podría pasar, y aún así, decidió quedarse; o sea que estamos hablando en este caso de una situación conflictiva que se torna violenta, no estoy diciendo que ella es culpable, o

que lo provoque, estoy mencionando que habría que pensar en la implicación de la mujer maltratada en este hecho.

Generalmente en este caso la situación de la violencia se da cuando ella reclama algo, y el reclamo es discusión, y esto ya no se frena por parte de ambos, ella reclama lo que piensa que es un derecho, y es cierto, tiene derecho a estar en esa casa puesto que están casados, pero lo cierto es que ella prefiere soportar los golpes a salirse de ahí con la firme convicción de que también es casa de ella.

Ahora bien, en ella veinte años de maltrato no ha hecho nada, no quiere la ayuda, sólo quiere que la compadezcan; es como si ella estuviera en esa relación así, con esas características y no quisiera salir de ella; pudiera ser que por los ideales que ella tiene de feminidad que no quiere dejarlo porque le causarían culpa y eso causaría estragos en ella; pero existe otra parte que es la implicación de la responsabilidad que en su estado de víctima, (ella sólo quiere que la compadezcan); le quita la responsabilidad a ella:

*“La posición de víctima implica que la responsabilidad por el perjuicio recibido la tiene exclusivamente el otro, se excluye la pregunta por la participación del sujeto en la situación que lo daña y perjudica.”* (Angela María Jaramillo.)

Ella, cada que se suscita el conflicto está ahí, esperando el golpe. Y siempre el golpe. Cada golpe la hace ser una “mujer maltratada”, es así como ella se vuelve víctima de ella misma, así se subjetiva, le da un lugar en su vida, un nombre.

Queridas mujeres, les invito a pensar entonces estas líneas de pensamiento descritas en este documento, en el acto atroz del feminicidio, siempre existirá un reverso en el cual está sostenido.

## CONCLUSIÓN, REFLEXIONES Y PROPUESTAS.

Queridas mujeres, ser mujer no es fácil, portamos la marca de la sentencia proporcionada por los ideales socioculturales que nos indican el cómo ser mujer, ya que en ellos se refleja el sacrificio y la anulación de toda mujer que aspire a

algo más que ser madre y esposa, es decir, la anulación de nuestros deseos. Quizá me escuche muy drástica, pero no es así, las mujeres que tienen títulos universitarios, académicas, o que se mueven en círculos públicos, muchas de ellas, son maltratadas.

La primera propuesta es buscar formas diferentes de ser mujer, esto tiene que ver con los deseos de todas y cada una de ustedes, los ideales son sólo semblantes, estoy segura que se puede vivir con ellos pero no perdiendo la brújula de nuestros propios ideales, se puede ser buena madre, y también buena profesionalista, porque para empezar no sabemos a qué se refieran con “el ser buena”, una madre puede ser buena madre si así lo cree; hay que revisar de qué estamos constituidas, para encontrar el porqué de nuestra subjetividad; esto se logra en un acto de análisis de ustedes mismas en espacios como los que convoca DEMAC, talleres de escritura autobiográfica, pero también espacios individuales donde puedan apalabrar esos imaginarios de los que estamos constituidas, o grupalmente al escuchar experiencias de otras mujeres que han pasado por lo mismo y que puede hacer algún eco o sentido.

Agarrarnos de la responsabilidad, nos va a permitir direccionarnos y no fortalecer esta posición de víctima cuya función es dejarnos anestesiadas, zombificadas.

Creo que quien comete el acto feminicida es alguien que vio la oportunidad de hacerlo, en un cuerpo que estaba ahí, enganchado a la nada, a la muerte, alguien como una mujer que vivió sin ser ella, atrapada en el pozo de los deseos ajenos.

Estimadas mujeres, nos queda mucho por hacer en esta lucha por la vida, rectificar nuestra posición, la manera en la que nos estamos moviendo, ayudará mucho a la creación de políticas públicas eficientes ya que de otra forma surgirán las mismas propuestas institucionales encargadas del cuidado y atención a la víctima, cuya función es nula ya que las mujeres no denuncian, tenemos que encontrar formas de utilizar esas herramientas.

Es indispensable debatir, hacernos dueñas de nuestro pensamiento, de nuestra palabra, construir nuestra propia historia acorde con el deseo, esa experiencia que nos dará darnos cuenta de otro tipo de versiones de lo que significa ser mujer.

Una vez, una persona muy querida por mí dijo: “hagamos que el deseo tenga otro estatus”, no sólo el estatus de la maternidad, o del matrimonio, hay deseos trascendentes.

Hagamos entonces que trasciendan.

La comprensión del entramado en el que están constituidas las mujeres, ayudará a que las instituciones creadas para la atención de la violencia cumplan su verdadera función.

Me despido con todo el cariño y respeto que se merecen.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Marcela Lagarde. "Del femicidio al feminicidio", en revista *Desde el Jardín de Freud. Lo Femenino y lo Social*. No. 6. Bogotá, Colombia, 2006.

Angela María Jaramillo Burgos. "Consentimiento, responsabilidad y culpa. Aspectos subjetivos de la violencia conyugal", *Desde el Jardín de Freud*. 2005.

Rosario Allegue y otros. "Violencia Doméstica y Psicoanálisis", *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*. Tomo VIII, No. 3, julio 2014.

## *Los fragmentos*

"Eme L."

## Parte I. *La semilla.*

Cuando era niña pensaba que pocas cosas podrían afligirme, me sentía fuerte, poderosa y al mismo tiempo una pequeña miedosa, al parecer estaba llena de contradicciones, ocasionalmente me daba miedo la obscuridad, las alturas, ser devorada por un perro mientras paseaba tranquilamente en bicicleta, que un día mi papá ya no regresara a la casa, quizá murió en el camino por un choque, lo secuestraron o alguien le disparó sin razón. Mi madre siempre permanecía en casa y aún así pensaba en todos los escenarios catastróficos posibles, un ladrón podría meterse a robar y matarla, podría también caerse de un banquito y romperse el cuello, que la estufa explotara en su cara. Tenía la creencia de que, al imaginar todos esos escenarios, evitaría que ocurrieran, honestamente lo sigo pensando y quizá olvidé imaginar muchos más, por eso me ocurrieron tantas cosas.

Por supuesto que la niña fuerte tenía que salir, nadie podía insultarme o sería humillado con mis astutas respuestas ¿retarme? ¡adelante! ya veremos quién sale vencedor, podía ser la niña que trepaba árboles, veloz, la que podía cargar el mundo a sus espaldas, porque no me tenía permitido ser débil, aunque debo admitirlo, fue considerablemente difícil no poner muecas cada que algo me molestaba, a veces era tanto el enojo que lloraba ¡pero oye niña! cálmate y trata de parar, duele, es lo que se siente en el estómago, respira...diez...nueve, ocho...y sigue en lo que estabas, ya habrá momento para desquitarse de quien te fastidio.

Al ser pequeños empezamos a forjar la idea de que lo que vives es normal, seguramente a todo el mundo le pasa, por supuesto ¿qué niño o niña no tiene miedos? ¿es verdad que a todos nos regañan y necesitamos un golpe de vez en cuando? Mi madre siempre defendió ese estilo de crianza, irónicamente siempre me defendió de lo que fuera, sin notar que no pasarían muchos años para que las consecuencias nos alcanzaran.

Antes de comenzar mi vida escolar pasaba largas horas sintiendo la textura de la tierra, su aroma, la sensación de libertad en un pequeño jardín con girasoles,



margaritas de color lila, blancas y amarillas, dos árboles de durazno, mucho pasto; y no podría olvidar la extraña impresión de las enormes telarañas entre el romero; mi pequeña casa con resistentes muros de tabique pintados de azul por dentro, blanco por fuera y unas terroríficas láminas de asbesto que crujían con el viento y la lluvia, encender el viejo televisor, ver mis caricaturas preferidas, abrazar a mi peluche predilecto y esa certeza de que no necesitaba más. Incontables veces escondí a Ricardo bajo la cama, nunca quieres que tu mejor amigo se vaya, no importa incluso que jugando a aventarse piedras te haya descalabrado... ¡mira he sanado, podremos jugar de nuevo! ¿a quién demonios se le ocurre jugar así? Lo volvería a hacer.

No recuerdo mucho el primer día en el kínder, no sé si lloré o estaba feliz de comenzar, hubiera preferido no estar ahí dos eternos años. Fue ese lugar en el que nacieron mis deficientes habilidades sociales y el rencor hacía lo femenino. Al parecer era una niña académicamente destacada, no sé cómo, tal vez mi plastilina estaba mejor amasada o los recortes eran más precisos, algo así supongo, o mi constante interés por todo. Aprendí que si eras poco notable físicamente no podías acceder a los mejores juguetes, ni a los mejores espacios en el recreo; esto pareciera ser una *teen movie* americana, pero con niños de cinco años y mexicanos. Lo acepto, comencé a sentirme una niña fea que para variar tenía la frente amplia, sin dientes frontales y era de piel no tan clara. Cierta grupo acostumbraba a hacerme a un lado, al poco rato dejaba de importarme, pero luego no, luego sí, luego no, realmente solo quería morderlos a todos, pero comencé a tener miedo de enfrentarlos, sobre todo a ese asqueroso conserje que se atrevió a atacarme con una manguera, fue el evento de verano de la escuela y nos tocó llevar traje de baño para usar la alberca, tenía terror de meterme ¿por qué no mojar a la niña con agua fría a alta presión para que se le quite lo miedosa? ¡La mejor idea! Lloré por mucho rato y sí, me sentí humillada. No supe dónde quedaron las agallas para defenderme. Lo fuerte o valiente que creía ser, a veces no me resultaba, tenía miedo, demasiado. Nunca se lo conté a mis padres.

Pero llegarían tiempos mejores, la pequeña Bere nació un 9 de julio de 1994. Durante la noche en que mi mamá estuvo en el hospital, me sentí realmente emocionada, además de curiosa ¿Por dónde saldría esa cosita? Una vez que mi mamá salió del hospital, mi papá y otros familiares fuimos por ellas, atesoro ese recuerdo como uno de los más valiosos y hermosos de mi vida, el escenario: un taxi verde de los años noventa, pedí ver a mi hermanita, era tan pequeña ¡Era nueva! Mi mamá me dijo que podría mirarla solo un momento para no destaparla mucho, sostuve su mano y su calor corporal resultaba reconfortante, era tan suave, al apreciar su rostro de bebé, me pareció lo más hermoso que hubiera visto.

Tener una hermana menor significa varias cosas: lo que ya no te quede lo usará ella eventualmente, el presupuesto familiar se verá reducido y te tocará compartir un poco más de tus cosas, aunque no quieras y existirá una regla implícita en la que eres responsable de lo que haga, te conviertes en un modelo a seguir y muy probablemente te culpen de las malas decisiones que tome.

## Parte II. *El orgullo de mamá.*

Siento que pasé de largo la primaria, es cierto, en el álbum familiar hay sin fin de fotografías de mis logros, recogiendo el diploma al primer lugar cada año, la colección de boletas con altos promedios. El éxito obtenido, era también el de mi mamá. Algo considerado hasta natural, siento orgullo de tener una hija que cumple académicamente, no se mete en problemas, es educada, es buena en casi todo lo que importa que lo sea, es el reflejo de su trabajo. Me contagié de ese ego al ser mejor que los demás, era constantemente atacada por las niñas de clase, lo hacían discretamente, hablaban a mis espaldas, sabía muy bien lo que decían: era la preferida, y eso me hacía torcer el labio hacia arriba con una sonrisa cínica llena de satisfacción. En realidad, no me era suficiente, las horas de juego principalmente con los niños eran de lo mejor de ir a la escuela, combates cuerpo a cuerpo, yo, una niña muy delgada que provenía de los espesos jardines de una casa en Iztapalapa, que crecía jugando con tierra y corriendo a la menor

provocación, sin olvidar largas horas de juego con los vecinos. A pesar de eso, tenía la sensación de que mi vida social estaba limitada por mi madre, todo era la escuela o la calle afuera de mi casa, no asistía a los cumpleaños de mis pocas amigas, ni de mis amigos, el pretexto podría ser cualquiera, si en alguna ocasión me calificaron con 9.9 no bastaba, no llegué al 10; cuando lo lograba tampoco era suficiente, era una mala hija sin derecho a esos privilegios, el lunes no barrí como era debido, el jueves dejé una taza sin lavar, dije que “no” quedando como la hija más desobediente de la faz de la tierra, no era buena como los demás, que a pesar de ser malos alumnos, eran excelentes hijos.

Las cosas suelen encajar y acomodarse de una forma cósmica, piensas que por fin todo está de tu lado, hasta que un día por la noche tocan a la pequeña ventana de tu casa, hay muy malas noticias, uno de los seres más nobles y extraños que pude conocer en mi infancia, había fallecido, un niño tímido, solía hablar solo camino a casa saliendo de la escuela, amaba las caricaturas de acción, mucho más que yo, debo admitir. Tenía una mirada perdida en algún punto en el infinito, era tierno y excelente amigo, mi amigo. Pasamos tan pocos años juntos, nunca olvidaré el día que llegó a visitarme por mi cumpleaños, era el niño más apuesto que vi jamás, con una conejita de peluche blanca que traía puesto un peculiar vestido rojo con blanco, le dijo con seguridad a mi mamá: vengo a ver a su hija. Así que, sí, fue un gesto que cualquiera llamaría “romántico”. Pero ese orden cósmico que mencioné, aquel que me hizo sentir que por fin tendría un amigo por mucho tiempo, se esfumó por un tumor cerebral no detectado a tiempo en una delicada zona del cerebro. Aún lloro por Miguel, lo extraño tanto. Mi hermana lo recuerda perfectamente, tenía un par casi igual de pequeño que ella, Erick, los dos hermanos y las dos hermanas. Esta era una relación ganar-ganar, con horas de juego para nosotros y dos madres muy satisfechas por esa amistad, la señora Sara solía decir que Miguel me quería mucho, y estaba contenta de saber que una niña tan inteligente como yo fuera amiga de su hijo. Yo era la afortunada...ojalá estuvieras aquí ahora.

Entras y sales de un estado de satisfacción con lo que tienes, a veces me incomodaba la presencia de mi hermana, las dos éramos dependientes de un padre y una madre, pero ella parecía estar doblemente ligada a alguien, a mí. Soy el ejemplo que ella debe seguir, pero su personalidad no es como la mía, sus intereses, habilidades, deficiencias, o anhelos eran otros ¿Cómo lidiar con la constante comparación? Era una pequeña distraída que no podía cerrar la boca, era una alborotadora, llena de amigos, niños. Las niñas solían rechazarla, igual que a mí; bastantes veces la visité en su salón durante el recreo ya que eran costumbre los castigos, no tenía las mejores notas, pero en un sistema educativo tan cuadrado, era lógico que nadie notara que niñas como ella, aprendían de una forma distinta a la dictaminada por el sistema. El núcleo de la educación que teníamos era la que se nos daba en casa. Bere, siendo tan pequeña no llenaba los zapatos que querían ponerle, y para hacerle entender que no tenía otra opción, se recurrieron a medidas drásticas. A través de ella, comencé a entender lo que era ser humillada por la persona que normalmente te defendía de quien te lo hacía. Nosotras podríamos verlo como castigos ejemplares en aquel entonces, seguramente pocas personas lo habrían cuestionado, a fin de cuentas, no éramos golpeadas hasta la muerte, nunca nos fracturaron un hueso, comíamos diario y tres veces al día, acudíamos limpias a la escuela ¿qué clase de violencia podrían ejercer sobre nosotras? No pude definirlo hasta años después.

### Parte III. *Las niñas de papá.*

Procuraba demasiado a mi papá, me encantaba verlo trabajar en sus proyectos de carpintería o lo que fuera, reparaba casi cualquier cosa y me compraba cada semana una cajita de dulces “Sonrics”, me cargaba en sus hombros, se dejaba picar la nariz, era divertido jugar con él, construíamos castillos con bloques de plástico y los tirábamos con pistolas de juguete a la distancia. No puedo decir que no me agradaban los juguetes destinados a las niñas, pero esa influencia suya me hizo tomar partido por las herramientas. Mi madre reaccionaba con un rostro

desencajado las veces que yo elegía un carro a una muñeca, pero ¿quién dice que Barbie no puede viajar en un carro de volteo?

En las fotos, noté que se me veía más cómoda con él y recuerdo esa sensación ¿Las niñas somos las consentidas? Puede ser. Una vez que mi hermana apareció en el mapa, nos convertimos en un lindo equipo de tres, los cómplices para comprar a escondidas en la tienda, las travesuras de las que no se enteró mi mamá gracias a él, las salidas de casa al parque, a los museos, al cine, a escuchar música clásica en el Palacio de Bellas Artes; pocas veces mi mamá estuvo ahí, ella debía asegurarse de tener lista la comida para nuestro regreso y de atender el negocio familiar. Era emocionante escuchar la puerta de la casa abrirse por las noches y verlo entrar, solíamos preguntar si nos había comprado algo, con frecuencia así era.

Dos niñas endemoniadas no son cosa fácil para un hombre, si por alguna razón tenía que cuidarnos, debía prepararnos para ir a la escuela, lo que significaría dejarnos lo suficientemente presentables, lo que llevaría a tener que peinarnos, en conclusión, lucíamos adorablemente ridículas y para nada presentables. Si la tarea al medio día era recogernos, podíamos pasar de largo ante sus ojos, no ubicaría a sus criaturas ni por error, así que llegábamos solas y nos recibían con la pregunta ¿y tu papá? - Disculpa ¿quién? –

Noble, curioso, creativo, trabajador, pero terriblemente explosivo, solía gritar bastante fuerte cuando se molestaba y si, podíamos hacerlo reaccionar de tal forma que un regaño suyo, se sentía como lo peor que nos podría pasar, perder a nuestro aliado, no podíamos dar ni un paso en falso.

#### Parte IV. *Somos afortunadas.*

No toleraba las peleas en casa, mi madre era enérgica, drástica, exigente, no recuerdo una sola vez que haya dejado pasar algo, siempre se hacía lo que ella decía. Ante la constante distracción de mi papá, cualquier error podía ser una eterna pelea nocturna, presentes los insultos y reclamos por la más mínima cosa.

Lo que no lograba ver era el sometimiento, consecuencia de años de maltrato en el núcleo familiar de mi mamá.

México acogió con fuerza las prácticas denigrantes hacia las mujeres, que vistas desde el ojo de algunos sectores, eran completamente válidas y normales ¿Qué más normal que una mujer golpeada por su marido? Ese fue el caso de mi abuela, una mujer delgada, trabajadora, amorosa, oaxaqueña, proveniente de la Mixteca Alta, de Santa Catarina Ticua; dio a luz a diez hijos, de los cuales solo pudieron contar una larga vida cuatro, dos hombres y dos mujeres. Recuerdo a mi abuelo perfectamente, era mucho mayor que mi abuela, la razón: ella fue “robada” a los catorce años, unión completamente aprobada ¡Por supuesto! Toda mujer está lista a esa edad para ser golpeada y violada constantemente. Mi madre fue testigo de las golpizas que le propinaban a la abuela, muchas veces acudió a su auxilio, pero nunca hubo un intento de erradicar el problema, solo de postergar lo más posible los días en que el señor Félix no llegara tan borracho como para desquitarse con su mujer y demostrar que él era el hombre de la casa y enseñarles a sus dos hijos, que esa era la forma de hacerse respetar y a sus dos hijas cómo debían someterse por ser mujeres. Mi tío, al que aún recuerdo por su vicio de fumar y esconderse para hacerlo, era un alcohólico que murió por ello, antes claro, adoptó los patrones de conducta violenta con mi tía, mujer a la que yo respeto mucho, mujer que fue arrastrada por el suelo de su propia casa, embarazada, humillada y golpeada por un hombre que no hizo más que repetir lo que se le enseñó. El segundo de los hijos sobrevivientes nunca me agradó, tengo grabado en la memoria sus visitas a la casa, acostumbraba a vernos de pies a cabeza, al yo ser mayor, la atención se centraba más en mí, “una niña decente no debe traer las uñas pintadas” ¡púdrete! Si quiero puedo pintarme las nalgas. Eso lo decía en mi mente, a él solo un “ajá tío”.

La hermana de mi mamá, la tía Francisca, prácticamente mi segunda madre, siempre se ha sentido orgullosa de nosotras, creo que hasta cierto punto hubiera deseado tener la vida de mi mamá, haber sido ella quien encontrara a un hombre noble que la respetara, no a la bestia que tenía por marido, un tipo que

afortunadamente está muerto, pero que dejó una cicatriz irreparable en su alma y cuerpo, lo sé porque lo veo en su mirada triste y resignada, como si aquello que vivió no pudiera haber sido diferente. En las fotografías familiares se le podía ver sumamente delgada, le era negado el dinero, le fue negada la dignidad, estaba enamorada de un tipo que decía quererla, era el padre del bebé que estaba esperando, la segunda niña, que mientras estuvo en el vientre no pudo permanecer en paz, mi tía era constantemente golpeada durante su embarazo. Mi prima, la mayor, pasaba horas encerrada y sin comer, fue consciente desde muy pequeña, de lo atroz que era la vida para ellas. Se sabía por lo que me contaron, que el tipo en cuestión tenía otra familia, hijos a los que no les faltaba nada, no me consta, solo sé que mi mamá sintió alivio el día que el pobre infeliz murió en un accidente de auto. Bajo esas circunstancias, una mujer quedaba sola con ahora otro bebé en camino, tres mujeres a las que ahora no frecuento mucho, tres mujeres con el apellido de su padre, mi tía sentía vergüenza de haberse quedado sola, de no tener con quién criar a sus hijas, lo único que quedó de ese monstruo, fue el apellido en sus nombres. Nunca se volvió a casar.

Es lógico que, tras una larga historia de mujeres maltratadas, decidas cambiar las cosas, conocerás a un buen hombre, serás una buena esposa y construirás una familia diferente a las que viste destruirse gracias a la violencia ¿Qué es la violencia? ¿Acaso solo golpes? ¿Cuántas formas existen de repetir un patrón y creer que no lo haces? No puedes pasar por todo eso y simplemente dar vuelta a la hoja, es serio que no, y tarde o temprano aquello que guardaste en tu corazón por tanto tiempo, saldrá, y te hará tanto daño y se lo harás a los demás.

Pensaba que mi mamá solo era exigente y malhumorada, que era de carácter “fuerte”, que en verdad lo que hacía era por nuestro bien, bueno, seguramente no pensaba en hacernos mal. No sé en qué punto los recuerdos empezaron a volverse menos felices, si había algo que me entristecía, era ver llorar a mi hermana de desesperación, a veces hacía cosas sin pensar, era una niña, yo también, solo más grande. Regresando de la escuela era tiempo de hacer la tarea, era la hora de la humillación, a Bere le era más difícil aprender ciertas

cosas, podría tardar horas en comprender algo, pero no porque fuera tonta, se insistía en enseñar conceptos de una sola forma, la que dice el libro; la frustración de mi mamá era tal que la llegó a dejar horas parada, en verdad que algo se retorció en mi ser, mientras más avanzaba el tiempo las palabras altisonantes no se hacían esperar, la llamaba “inútil”, “idiota”, “torpe”, etc. Más tiempo en el reloj, parada frente a la ventana que daba al negocio, los clientes llegaban a comprar sus materiales como es habitual y frente a ellos un festín de humillación al repetirle las palabras que ya mencioné, golpes y bofetadas, pero frente a esas personas; y sus miradas con una clara señal de incomodidad, el llanto casi ahogado de mi hermana, una experiencia constante durante la primaria.

Por mi lado la escuela no era un problema, mi gran defecto era ser inútil para otras cosas, simplemente no podía limpiar bien una cosa o la otra, soy una mujer, debo hacerlo correctamente ¿no? Ni siquiera puedo recordar una cosa realmente mala en mí que me haya hecho realmente merecedora de maltratos psicológicos, antes me sentía culpable por pensar en la posibilidad de que mi mamá se perdiera un día por ahí y no regresara nunca, le preguntaba a dios qué había de malo en mí, es cierto, solía mentir, pensaba que era por malicia, en realidad tenía miedo, más que antes, creció y creció tanto que la forma de compensarlo era siendo atrabancada y ruda, mientras que mis emociones se estancaban cada vez más. Pero lloraba en los rincones, quería tener la oportunidad de sentirme cómoda expresando lo que sentía, que mi hermana y mi papá pudieran sentirse igual de libres sin que se nos descalificara o ignorara. Mi padre le temía a su esposa, había decisiones que salían de su jurisdicción, la mayoría. Era la forma de demostrar que un hombre no logró someterla, que cambió la historia de su familia por una vida mejor. Aunque ahora entiendo el contexto y con ello el lastre generacional y cultural que se arrastra, no lo usaría como justificación para seguir violentando, solía sentir rencor por esa parte de mi infancia, las cosas apenas estaban comenzando.



## Parte V. La rebelión.

La parte de mi vida que terminaría por desatar el infierno al mismo tiempo que comenzaría a liberarme. Dicen que la adolescencia es complicada y duele, en efecto es complicada y duele, no conocía los cólicos hasta entonces, tampoco me había sentido tan confundida respecto a mis gustos. Desconocía en dónde diablos iba a encajar, no me sentía cómoda en ningún lado, siempre tuve esa característica, no es que pretendiera forzarlo, simplemente me gustaba tener contacto con ciertas personas, pero sentirme libre de soltar el vínculo cuando me sintiera asfixiada. Dice mi madre que en este punto destruí mi vida y tiré a la basura todo lo que hicieron por mí. Me involucré con delincuentes, drogadictos, alcohólicos y putas, no son mis palabras, fueron las de ella, después al poco tiempo me convertí en eso mismo, tuve amigas que me “forzaron” a hacer muchas cosas, nunca entendió que, a pesar de tener poco menos de quince años, era un ser autónomo, es cierto, a veces estúpida, solía confiar de más en las personas incluso cuando sabía que no debía hacerlo, sentía la energía de las personas que disfrutaban fastidiar a otros. Lo cierto es que todo el tiempo tuve la certeza de que las decisiones que tomara, iban a tener consecuencias, y no siempre mi astucia y perspicacia adolescente iban a funcionar.

Buscaba un lugar, quería tener amigas, quería gustarle a alguien, no ser invisible, quería mi pequeño lugar en el mundo. Tenía dos armas, seguía siendo sobresaliente en la escuela y encontré la forma de divertirme, ya no soportaba las restricciones en casa, odiaba las condiciones absurdas que solo escondían el miedo de una madre a soltar a su hija, me volví una experta mintiendo, me abrumaba preguntarle a mi mamá sobre sexualidad, me sentía observada, criticada, expuesta, una alumna con buenas notas no tendría la necesidad de conocer más allá. Mi obligación era preservar la idea de que un futuro estudiaría medicina, desde niña dije que ese era mi sueño.

A cada oportunidad me escondía detrás de la adolescente ruda que se juntaba con otras adolescentes rudas, solían pelearse fuera de la secundaria porque alguien las miró feo ¿La verdad? Ni siquiera me parecía divertido, creo que estar ahí era la euforia del momento, no la reacción que tendría alguien inteligente,

en efecto, mis amigas no eran muy listas, eran poco creativas y creo que iban a la escuela a conquistar chicos mientras copiaban todas mis libretas de apuntes. Me acerqué a un sujeto que me gustaba gracias a Evelin, en una cita fuimos al cine, estaba emocionada, fue al primer tipo al que besé, ni siquiera me acuerdo como desapareció de mi vida, sus besos eran agradables, pero no quise reconocer que me logró incomodar queriendo rozar partes de mi cuerpo a pesar de que mi lenguaje corporal era un “no lo hagas”. Después un compañero del mismo grupo estuvo algunas semanas conmigo, fue el ganador de una apuesta, yo era el premio a repartir. No supe como sentirme, mi mejor defensa fue tomarlo como un clásico juego de niños idiotas y que la ganadora en realidad había sido yo.

Era emocionante ser más visible para los hombres, lo era porque seguía sintiendo que no era bonita a comparación de mis amigas, así que cuando tuve a mi primer novio, fue un triunfo y un tormento. Estuve haciendo muchas cosas a escondidas, salía a hacer tareas ficticias, visitas obligatorias a museos. La presión en casa era mucha, creía tener las cosas bajo control. En el último año de la secundaria experimenté mi primera borrachera, con alcohol barato, de ese que te deja ciego, bueno, estoy aquí sentada escribiendo. Supe que podría haber consecuencias, era difícil que algunas personas no notaran a unos quince adolescentes camino al pecado y que entre ellos fuera casi casi la promesa de la nación, yo. Ante el circo y alboroto de la hazaña mi madre enfureció, ese día llegué tarde a casa, moría de miedo y estuve refugiada en casa de amigos, varias personas me buscaron por varios lados, ni mi novio sabía que estaba ausente; hasta que me encontraron, tuve que afrontar las consecuencias en casa. Nunca había peleado a tal grado con mi mamá, quise expresar mi enojo ante las ridículas condiciones bajo las que vivíamos, no me sentía libre de hacer nada, ni de contarle nada. Me llamó “puta”, alguien que solo se había dejado engañar por un pobre infeliz que solo quería acostarse conmigo, lo cierto es que me consideraba demasiado joven para tener relaciones sexuales, ni siquiera se me antojaba, tenía reservada esa experiencia para un futuro con alguien que pudiera cumplir mis expectativas, por lo demás se me consideró era una inútil y una decepción. Ella nunca me creyó capaz de ponerle un alto a los constantes maltratos físicos, sí, ya

olvidaba que fui afortunada al no ser violentada a golpes hasta la muerte, solo era un escarmiento, algo necesario para educarme, pero decidí que ya no más; le regresé cada golpe que me dio, esa noche fue una de las primeras en las que las cosas terminarían así.

En esta parte de mi vida, dejé de tener privacidad, nuestra casa siempre fue pequeña, mi hermana y yo compartíamos litera y la cama de mis papás estaba a un costado; ya se habían cumplido casi dos años de la ausencia de mi papá, estaba en Estados Unidos trabajando para darnos una mejor vida y yo, yo solo estaba comportándome como una imbécil que no consideraba el esfuerzo de ambos. Por lo tanto, no podía estar en ningún lugar de la casa sin ser perseguida, no podía escribir tranquilamente en mis diarios, leer o alguna otra cosa, mi corta y absurda vida no me pertenecía.

Mi abuelita ya era muy mayor para cuidarse sola, estaba viviendo con nosotras, ella era esa gota de alegría. Siempre me pareció admirable cómo a pesar de todo el sufrimiento que le causó el maltrato de décadas atrás, tenía tanto amor y palabras de consuelo para mi hermana y para mí, solía decirnos que nosotras éramos diferentes, que probablemente las cosas no cambiarían con su hija, lo mejor que podíamos hacer es sonreír y claro, no hacer enojar a mamá. Nos dejó unos años después, la recordamos constantemente contando alguna de sus ocurrencias y seguido aparece en mis sueños.

## Parte VI. *La segunda rebelión.*

La vida de los descubrimientos siguió su curso, para ser una buena para nada, lo hice bien, estudiar en la UNAM es un logro bastante significativo y sobresaliente solo si: un porcentaje mínimo de personas de tu comunidad lo logra y, si eres prácticamente la única de toda la prolífica familia que está dentro, mi hermana sería la segunda.

La preparatoria es tanto y nada a la vez, así lo viví, académicamente no aprendí mucho dentro de las aulas, me gustaba ser autodidacta o la clásica

estudiante que se aprendía todo de un fregadazo, era rápida para ligar ideas y solucionar problemas, menos en matemáticas.

Por supuesto que mis intereses para nada académicos se vieron en aumento, conservé esa constante problemática para hacer amigos, y cuando los tenía no lograba sentirme cómoda, llegué con la mejor actitud posible. Estaba en un plantel con un ambiente extraño, no me agradaban mis compañeros, los consideraba estúpidos, todos lo eran menos yo, pude integrarme, pero estaba aburrida. De cualquier forma las experiencias llegaban; me enamoré de la que sería mi pareja por casi cinco años, gracias a esa relación pude comenzar con un cambio de paradigma, fue en este punto, cuando cumplí la mayoría de edad, estaba lista para mi primera relación sexual, ambos estábamos cómodos y seguros, nunca me arrepentiré de haber esperado, quería experimentar sensaciones con la persona que quería. Al inicio de la relación, me engañó. Hizo que cuestionara absolutamente todo ¿Qué significaba que lo hubiera hecho? ¿Debía reprochárselo o reclamarle por habérmelo confesado? Lloraba, pero en realidad no sabía por qué, a partir de ese evento, las cosas fueron distintas. Tuvimos una relación agradable, divertida, amigos en común; decidí que quería desquitarme por su engaño, lo hice y no paré. Mi cuerpo cambió, ya no era tan delgada, fui libre de cortar mi cabello a mi gusto, vestía como una rebelde del grunge y mis senos eran llamativos. El que alguien se burlara del cuerpo de otra mujer llegó a parecerme divertido como parte de una dinámica común entre toda una comunidad estudiantil, un nuevo grupo de amigos siempre enfatizaba lo bien que se veían mis escotes, y cada dos minutos tenía que escuchar lo mismo y lo mismo y lo mismo. Me molestaba, pero nunca lo expresé, al contrario, quise tratar de convencerme que eran halagos, su nombre: acoso.

Mi relación con el alcohol se volvió más cercana, era algo que no podía ser bien visto en mi casa, tampoco quería caer en cuenta que era vulnerable por los antecedentes de alcoholismo, lo pasé por alto y seguí de largo. Muchos fines de semana las borracheras se extendieron y no establecía contacto con mi mamá, nadie sabía nada de mí, aparecía en la noche con el pretexto peor inventado de la

historia, era una pelea segura y me sentía incapaz, otra vez, de ser sincera, de gritar abiertamente que quería divertirme y conocer otro tipo de cosas, que mi forma de pensar estaba ya muy lejos del hecho de haber sido bautizada como católica, de querer ser la hija que cumpla las expectativas ajenas ¿Si sabía lo que quería? Muy probablemente no, pero si estaba segura de lo que no, y el resultado indicaba que mis acciones no estaban enfocadas a ese propósito.

Miguel era atento y detallista conmigo, ambos lo éramos, pasábamos largas horas hablando por teléfono, cortando al minuto cinco, como en los viejos tiempos. Tuve que ceder ante la insistencia de presentarlo en mi casa, volví a sentirme humillada, mi mamá habló de lo mal hija que era, que él debía pensar muy bien la clase de mujer con la que se metía ¿La peor parte? Él no dijo nada, solo agachó la cabeza y mi decepción fue doble.

Las mujeres, al igual que los hombres, son libres de relacionarse con quien sea, la cantidad de parejas no define el tipo de persona que eres. Comencé a implantar ese chip en mi cabeza, pero había incongruencias presentes y algo no estaba bien. Adoraba a mi pareja, pero no estábamos en el mismo canal, quería conservar los beneficios de una relación monógama, principalmente los afectivos; por otro lado, quería la variedad que ofrece la poligamia y no lograba ordenar mis ideas, opte por la salida fácil, no decir nada y continuar autoengañándome.

El final de esta relación estaba muy cerca, el último año que estuvimos juntos, hablábamos de lo explosivas que podían ser mis reacciones, me enojaba tanto por cosas insignificantes y solo buscaba los argumentos suficientes para tener la razón, igual que mi madre; no podía querer estar haciéndole algo así a la persona que adoraba tanto, ejercer poder como lo hacían conmigo, quizá era mucho más inmaduro que yo y eso en algún punto habría hecho que las cosas no funcionaran, pero debía aceptarlo, estaba cruzando la línea. Se terminó, fue la primera vez que las reacciones de un duelo se apoderaron de mi ser, lloraba, recordaba, volvía a llorar, me iba de fiesta y en mi embriaguez lloraba de nuevo. Tenía que dejar que las cosas pasaran.

## Parte VII. *Femme Fatale*

Trato de recuperarme de la caída, me sentía mucho mejor ahora que los primeros semestres de la carrera fluían de una forma adecuada, una vez más, trataba de sentirme cómoda con mis compañeros, y sí, eran todos unos estúpidos y yo no. Me burlaba porque más de la mitad eran vírgenes, algunos ni siquiera habían probado gota de alcohol en la vida, los juzgaba y ellos a mí. Manejaba un doble discurso mental en el que me repetía lo absurdo que era burlarse de alguien por cosas así ¿Por qué lo hacía entonces?

Conseguí mi primer trabajo formal trabajando medio tiempo durante las tardes, a pesar de que trabajé desde que cumplí la mayoría de edad, quería hacerlo desde antes, no me lo permitieron, de hecho, fue complicado para mi mamá ver que poco a poco logré adquirir mis propias cosas, mientras más lo lograba, su control sobre mi tenía menos peso.

En la facultad conocí personas más afines a mi conforme avanzaban los semestres, me involucré con varios de mis amigos, lo sentía como algo normal, pero no era así para todos. Sentí sobre mí el dedo acusador de muchas mujeres. Mi autoestima solía tambalearse, normalmente no la dejaba caer y al final decía “meh”, en este momento por supuesto estaba bien, salía con varias personas y hacía lo que quería, en casa seguía siendo una puta, realmente no cobraba ¡Lo disfrutaba! pero cada quien su definición.

Muchas compañeras me vieron como una amenaza, una ocasión una de mis mejores amigas, Liliana, dijo que en realidad mi presencia era imponente y atractiva para los hombres, no era un efecto que le agradara observar a otras. En general no hubo alguien que me gustara con quien no lograra salir, estaba llena de confianza. Pero mientras más personas se sumaban a la lista, más cosas empezaba a descubrir respecto a la forma en la que las mujeres nos relacionamos. Yo creía tener el control de absolutamente todo, seguramente lo tuve muchas veces, fue duro entender que, aunque somos completamente libres de ejercer nuestra sexualidad, estamos tan acostumbradas a recibir lo mismo, lo aceptamos y creemos que está bien ¿Por qué no habría de estarlo? Fue lo que

aprendimos, incluso a pesar de habernos revelado no logramos expresarnos con franqueza. Somos violentadas a diario y de tantas formas. Sí, me había acostado con varias personas, contadas veces alguno me preguntó si lo que hacía me gustaba, el fin único era la penetración ¡Eso nos gusta a las mujeres!

Escuchar a Liliana y asociar su historia con la mía, el maltrato constante de su madre, entender que no solo era pasar la página, estábamos heridas, yo salí al mundo con la cara en alto y me defendí todo lo que pude, me dije con seguridad “yo hago lo que quiero” pero muchas veces, lo que te pasa no siempre depende de ti.

Me llené de rabia al escucharla vulnerable, una noche decidió hospedarse con su novio para descansar, ella no quiso tener relaciones y el la amenazó, intentó violarla, la golpeó, y desde entonces, tiene una orden de restricción, y ya, eso es todo. Pensaba: no es posible que una mujer permita eso, si no me dejé de mi madre, menos de un hombre.

#### Parte VIII. *Dejando el nido.*

El trabajo no iba mal para ser medio tiempo, ganaba lo suficiente como para irme de casa, así lo hice, un amigo en común con algunas personas de la facultad supo de un lugar cerca del Centro Histórico, tuvimos una relación extraña, nos distanciamos, pero continuamos viviendo en el mismo departamento con otros compañeros. La vida lejos de mi madre se sentía muy ligera, podía salir a la hora que quisiera cuando quisiera, disfrutaba mucho de mis trayectos en bicicleta del departamento hacía el trabajo, las caminatas nocturnas por la Alameda, cocinar, recibir visitas y echar la fiesta. No me imaginé que ese escenario fuera a ser testigo de cosas que determinarían lo que hoy soy y siento.

Involucrarse con personas de tu círculo social debería tener advertencia, seguramente alguno de los dos no sabrá manejarlo, o bien, ninguno. Hay una regla que siempre he respetado, no involucrarme con parejas o exparejas de mis amigas, simplemente por lealtad y respeto, esto Pablo no lo entendió, una vez que

su relación con una amiga terminara, quiso dar rienda suelta a su soltería, es lo que todo hombre hace. Me visitó y expresó su deseo de intimar conmigo de una forma libre, ya que soy una mujer que puede entender y sobrellevar ese tipo de relaciones, ante lo ocurrido anteriormente, me negué. Una vez dormidos y yo sin saber cómo reaccionar comenzó a tocarme, porque seguramente de esa forma, sin mi consentimiento, con una negativa de antemano, iba a cambiar de opinión. Traté de que las cosas funcionaran con naturalidad, no estaba entendiendo la gravedad del asunto, ni siquiera se excusó por haber bebido esa noche, él sabía perfectamente que lo que había hecho estaba mal, y la forma que encontré de protegerme era tratando de no darle mucha importancia, es mi amigo, se disculpó y puedo seguir adelante ¿Cuántas veces más iba a hacerlo? Hoy ya no somos amigos.

Mi jefe en aquel entonces solía hacer comentarios acerca del físico de mis otras compañeras, era un tipo feo y para este momento, ya no estaba dispuesta a ser tolerante ¿Quieres dar tu opinión? Ofrécela si te la piden, si no, ¡cállate! No tardó en demostrar un interés sentimental hacia mí, lo ignoré por completo, al parecer lo había entendido, así que genial, podía ser un amigo al que tenía que educar respecto a su forma de entender las relaciones. No fue así, el mismo departamento, la misma habitación, desperté con cansancio y una cruda horrible, el asqueroso sujeto estaba a mi lado, ya estaba tocándome antes de que yo despertara, de hecho, en algún punto me quitó la mitad de la ropa, yo no lo recuerdo, no recuerdo absolutamente nada, cuando fui consciente de lo que estaba sucediendo, sentí asco y vergüenza, porque me sentía culpable, porque fui yo la que bebí en exceso ¿Será que le dije que si mientras estaba ebria? ¿Se puede dar consentimiento así? Ni siquiera me preguntó lo que quería hacer ya estando despierta, simplemente sintió el derecho de volver a violarme, un instante en el que por desgracia solo permanecí recostada pensando que si “quizá yo decidí esto”. Después de algunos meses no paraba de escuchar los comentarios acerca de sus borracheras y las veces que se había ido con tal o cual chica a “follar”, me lo contaba riéndose, decía que yo era lo suficientemente liberal para escuchar pláticas así, que era como un hombre más. Llegué a verlo unos años



después ya que me cambié de unidad del trabajo, solo tenía ganas de escupirle y empujarlo por las escaleras.

Me gustaría decir que aquí terminó todo, pero no.

Traté de olvidar las cosas, no tenía más remedio, me estaba negado el lamentarme, tenía cosas que hacer. Cuando festejé mi cumpleaños número 24 fue una fiesta con todo y actos suicidas, un amigo mío quería ir al baño saltando desde la azotea al piso de abajo, habría llegado más rápido definitivamente. El departamento quedó destrozado, amigos que no veía desde la preparatoria se hicieron presentes, me dio gusto verlos. Lo que a nadie le dio gusto fue la reacción de las vecinas ante la fiesta, argumentando que habíamos espantado a buena cantidad de personas con el escándalo. Tuve que irme pocos meses después, al no encontrar un espacio rápidamente volví a casa de mis padres. No debí cometer semejante error.

#### Parte IX. *Luz y penumbra.*

Llegar a este punto es cansado, me doy cuenta que constantemente entran y salen personas de mi vida, siento que a los demás no les pasa, veo a mi alrededor y creo que todos tienen amigos que conservan desde la infancia, salen a lugares en común, anhelaba eso. No lo tenía. Pero ya había vivido otras experiencias, sabía lo que era trabajar, lo aprendí de mis papás, siempre o han hecho y fue una de las mejores enseñanzas que me dejaron, debo esforzarme por conseguir lo que quiero; ya había tenido el respiro de hacerme totalmente cargo de mí, y si bueno, no todo salió de maravilla, pero lo volvería a intentar.

Conocí al segundo hombre que me arrancarí suspiros, pero me enfrentaría a uno de los mayores conflictos a su lado, era alguien completamente inseguro, que al inicio me mostró algo completamente diferente, un rostro bondadoso, un ser solidario con una bella sonrisa, con la certeza de que todo lo que decía era cierto, alguien con amplia experiencia en la vida; no tardé en darme cuenta de que no era cierto. Estuvimos juntos casi cinco años, tiempo en el que me sentía más segura

de ser atea, de no querer casarme, de haber cuestionado el amor romántico, ese que tanto nos ha dañado, ese que debería ser desaprendido y arrancado de raíz de nuestra visión de entender el amor. Era dura al decir las cosas, Adolfo me enseñó a ser más sutil, a ser menos engreída y no herir a las personas con mi “sinceridad”. Conmigo entendió que los celos dañan las relaciones, que el sexo no era lo más importante, que ser perezoso sería un obstáculo para lograr sus metas, que no ganaba nada con aparentar, el que sabe sabe y si no, realmente no importa.

Los celos lastiman, porque incluso ese adorable hombre fue capaz de agredirme sexualmente porque sentía que “otro” llamaba a mi línea telefónica, ese día revisó mi teléfono, “no encontré nada comprometedor”, ¡Qué bueno, estaba preocupada! Se que ejercí violencia sobre él, lo manipulé y justifiqué muchas de mis conductas por no saber lo que hacía. La situación en casa estaba deteriorándose cada vez más, comencé a sentirme tan pero tan cansada de vivir que me di por vencida, los primeros síntomas de depresión ya estaban ahí, mi consumo de alcohol ya no tenía nada que ver con divertirme y controlar lo que bebía, era un impulso automático, fiesta, alcohol, mi psique estaba fuera de control, perdía el conocimiento, llegaba a tener comportamientos violentos con Adolfo. Mi hermana comenzaba a tener un patrón de conducta similar, era mi culpa, era yo dándole el peor ejemplo. Mi madre no se iba a cansar de sostener ese argumento para recordarme todos los días que no valía nada, que fui lo peor que le pudo haber pasado y gracias a mí, su vida quedó destruida. No tenía ganas de comer, ni de salir, no pasó mucho tiempo y me corrieron del trabajo, fue peor a pesar de que gané la demanda contra la empresa, al menos tenía fuerza para defender mis derechos. Pero no estaba siendo sincera con Adolfo, no era solo que tuviera sueño o flojera, aún así y a pesar de los problemas que ambos teníamos que resolver, siempre estuvo para abrazarme, su familia me cobijó en tiempos difíciles, gracias por ello.

Tenía muy bellos momentos de paz, somos seres imperfectos, no podía esperarlo de otra forma, así que acompañarnos en esta lucha era lo mejor que podíamos hacer, y generar la energía para cambiar. A veces podía, a veces no.

Amiga de la fiesta, a veces saliendo de clases íbamos a algún lugar cercano a beber cerveza, una de esas ocasiones, Liliana y otros amigos decidimos continuar en otro lado, en casa de Adrián, solo había una persona desconocida en ese grupo, alguien a quien no nos habían presentado anteriormente, de igual forma nos acompañó. Después de escuchar música, beber más, tenía muchas ganas de dormir, bajé para descansar, como si de una pesadilla se tratara, alguien estaba encima de mí diciéndome cosas, no es algo que pueda recordar con exactitud ya que estaba ebria, una vez más un hombre, el desconocido de la fiesta, se sintió con el derecho de tocarme mientras no podía dar mi consentimiento, yo solo balbuceaba. No sabía que hacer, no tenía fuerza y aún a pesar de mi estado, estaba avergonzada, comencé a llorar, el tierno caballero me consolaba mientras ya había prácticamente asumido que quería tener sexo con él, se puso un condón y me violó. Permanecí llorando. A la mañana siguiente ya estaba en el cuarto de Adrián, le pedí que me comprara una toalla sanitaria ya que estaba menstruando, fue por ella. Dormité un rato y de espaldas, escuché como el sujeto entro para tener una conversación entre caballeros. No me pude sentir más humillada, hablaban de cosas y entre ellas chocaron sus cinco “ya eran compadres de fluidos”. Mi alma ya estaba más exprimida. Mi amiga ya no estaba en la casa para ese entonces.

Adolfo mostró su preocupación al contarme que esa noche le hablé llorando diciendo que yo no entendía porque algunas personas se sentían con el derecho de aprovecharse de una cuando estaban vulnerables. La culpa al sentir que yo era la causante, solo lo resolví diciendo que tuve una mala pesadilla, me besó en la frente y yo estaba rota.

Si quería sobrevivir tenía que alejarme, ya suficiente daño me había hecho al no reconocer que era un ser sumamente sensible y aunque he sido fuerte, tenía todo el derecho de caerme, para recordar que siempre puedo levantarme. Volví a

dejar la casa de mis padres. Ocasionalmente hablábamos por teléfono con mi papá, trabajaba duro mientras mi mamá se hacía cargo de la construcción de la casa, para cuando me volví a mudar ya prácticamente estaba terminada.

Ahora podía pasar días tranquilos a lado de mi pareja, aún estaba decaída, conseguí trabajo como mesera y me encantaba, me corrieron de cualquier forma, los demandé, gané, otro trabajo de mesera, renuncié, me harté de mis compañeros y ahora trabajo en una tienda departamental. Conseguí una beca de titulación con una profesora de la carrera, eso fue en 2015. Los estragos de la depresión me cobraban factura, no pude titularme y abandoné esa oportunidad, me sentía incapaz de aprender, de hacer las cosas como solía hacerlas. Solo jugaba a que pertenecía al mundo académico, sentarme a escribir era una tarea imposible, fingía que lo hacía, lo poco que avancé sigue guardado en alguna carpeta, lo retomé y dejé una y otra vez. Mi profesora sigue apoyándome al día de hoy, sé que ve algo en mí, no quiero defraudarla, pero mientras no me deshaga de todo este dolor, no podré florecer y dar batalla como la guerrera que sé que soy.

Estaba harta del lugar donde vivía, y Adolfo estaba emocionalmente distante, sabía que tenía que salir al mundo y vivir más experiencias, lo negó en primera instancia, después no quedó más remedio que aceptarlo. Ahora somos amigos y algunas veces nos escribimos, procuro no hacerlo, lo vi las últimas ocasiones recién me mudé a otro departamento, criamos jerbos por algunos años y le entregué en adopción a uno de ellos...es todo, aprendí cosas a su lado, mejoré como persona, sé que hay muchas cosas que no volvería a repetir, pero siguieron quedando fragmentos míos por todas partes.

#### *Parte X. El cambio llamando a mi puerta.*

No estaba del todo convencida de que en verdad tuviera un problema con el alcohol, seguí con mis conductas autodestructivas, pero “moderadas”, el nuevo departamento parecía ser un buen lugar para estar, no aparentaba tener nada extraño. Tenía poco tiempo que mi padre había regresado de Estados Unidos, fue

tan extraño volver a verlo después de como ¿14 años? Perdí la cuenta, sigo sintiéndome extraña, es como volver a conocer a alguien, ha cambiado por fuera y por dentro, los paisajes lo hacen, al igual que las personas, nosotras no somos las mismas niñas que dejó y no sabemos cuánto tiempo más tardará el reconocernos. Ha estado ahí de una forma suspendida, como si una mitad de su ser quisiera permanecer aquí, y la otra volver a donde estaba, porque sabe que aquí no encontrará paz. Todos lo sabemos. Pero me ayudó bastante a establecerme en el nuevo lugar. Y en esta parte de la historia, conocí a mi actual pareja, amigo en común de otros amigos que eran amigos entre sí y la UNAM es un mundo muy pequeño. Nos conocimos incluso hace aproximadamente nueve años en un campamento, hay fotos que pueden dar fe. Esta fue una reunión con mis dos compañeras de departamento, habré regresado a la media noche de una cita con un sujeto que no me convenció. Y ¡caray! cuando platicamos me sentí deslumbrada, no sé si una vez más era mi reacción por el alcohol, no, no lo era, me había encantado, no tardé en pedir su número y a la semana ya habíamos tenido una cita, y le permití desde entonces muchas cosas que no debí. Acababa de conocerlo, no debería tener sexo sin protección con alguien que apenas conocía, solo por el simple hecho de que no le agradaran los condones, ¿qué me pasaba?, lo siguiente pasó tan rápido que no comprendo en qué momento terminé fulminada, había hecho constantes críticas hacía mi físico, que era demasiado delgada, que me hacían falta senos, nalgas, que mi cabello era feo, que era una desgracia que fuera vegetariana. Y me lo tomaba a broma, pero no lo era, se llamaba violencia psicológica. No quería besarme y varias veces me dio a entender que seguramente en lo intelectual, era inferior a él, si permitía eso, seguramente sí. Durante poco menos de un año de esa relación, estuve en contacto con otras personas y salía con alguien más, alguien completamente diferente en su trato conmigo, pero bastante lejano en distancia, no sabía qué hacer.

Ya no podía más, estaba desesperada, había días en los que no comía, seguía recibiendo algunas visitas regulares. Juan, un viejo amigo de la prepa con quien salí en algún momento, se disponía a querer hablar conmigo de algo importante

ahora que ya habíamos retomado nuestra amistad. No pudimos vernos en persona, pero me escribió por WhatsApp ¿Qué cosa tan importante podría decirme un viejo amigo de la prepa? Que se ha sentido avergonzado por casi cinco años, que no le gustaría arruinar las cosas ahora que éramos más cercanos y debía ser sincero; después de mi cumpleaños 24 en el primer departamento en el que viví, lo invité a pasar la tarde noche viendo películas y tomando cerveza, me gustaba, y nada me impedía sentirme libre esa noche, sin embargo, estaba tan ebria nuevamente que simplemente me dormí. Cuando un hombre está muy excitado a lado de una mujer inconsciente, se siente con poder, eso ya me ha quedado claro. Me violó mientras yo estaba dormida, total, ¿le habría dicho que si estando despierta no?

Ahora sí, estaba completamente destrozada, cuando le conté esto a Oz y mis demás compañeros de departamento, él solo se paró en un rincón argumentando que es un proceso que debía vivir y resolverlo sola.

La celebración 29 de mi cumpleaños fue el punto de partida para un nuevo comienzo, ebria por última vez, salieron a flote mis frustraciones, la tristeza que sentía al no sentirme amada, la desesperación y búsqueda de su atención, si él no me quería, seguramente alguien más si, desde la puerta de entrada de mi casa le imploré a un amigo (con tantos o más problemas que yo con el alcohol) que se quedara a mi lado, le di un beso y se fue; escena presenciada por Oz. Desde la postura de cualquier hombre que ve lo que narro, puede deducir varias cosas, pero se quedará con una, fue engañado en su propia cara. Desde mi postura, necesitaba repararme lo antes posible, no podía seguir como estaba, no por él, por mí, él ya no importaba, seguramente ante mi inseguridad aceptaría las condiciones que me pusiera, solo me dijo que no confiaba en mi y que su permanencia conmigo era por comodidad. Me disculpé con él por lo que hice, no ha de haber sido fácil de ver; pero estaba dispuesta a generar un cambio, en realidad lo decía por mi persona, ya no estaba dispuesta a tolerar más mierda de los hombres. Se disculpó conmigo por todas las veces que fue “cruel”, que, en realidad, de no gustarle no estaría conmigo ¿quién te entiende hombre?

Tuvimos muchas diferencias con su amiga en ese departamento, salí huyendo una vez más y regresé con mis padres. La situación económica me había rebasado, no supe ni en qué momento, era obvio que mi trabajo de medio tiempo en la tienda departamental no estaba rindiendo frutos, Oz no lo sabe, pero eso fue lo que me orilló a mudarme nuevamente. Gastaba estando con él y me daba vergüenza decirle que no podía pagar la cena, usaba la tarjeta de crédito y así todo parecía estar en orden, siempre dividimos gastos.

Meses después se alejó en cuanto supo que estaba embarazada, fue sencillo argumentar que quizá me di mi espacio y el no quiso intervenir ¡caray hombre idiota! Sabía que no quería ser madre, pero a pesar de eso, sentir una parte de ti adentro puede jugarte malas pasadas y en tu cabeza hay mil ideas, con la depresión que eventualmente sería diagnosticada en el psiquiatra, no podía traer a un ser vivo, no podía utilizarlo para arreglar mi vida. Anaí una amiga de mi antiguo trabajo como mesera, estuvo conmigo durante el aborto, y no, no estoy traumatada o algo por el estilo, fue la mejor decisión que pude haber tomado.

A su modo, Oz me buscó, siempre ha sido un tipo extraño y eso me gusta de él, necio, manipulador, engreído, por algo chocábamos algunas veces, nadie cedía. Llámenme loca, tratamos de construir una relación que quizá tenga futuro o quizá no, después que decidí dejar de tomar me siento tranquila, quiero equilibrar las cosas y entender cómo llegué hasta aquí. Ha sido solidario conmigo, también me encuentro tomando paroxetina para la depresión moderada. Evito tomar clonazepam, me lo recetaron como auxiliar en mis crisis de ansiedad, terrores nocturnos y parálisis del sueño, son cada vez menos frecuentes.

Actualmente pasamos los fines de semana juntos, algunas veces suele hacer comentarios sobre el cuerpo de las personas, principalmente de las mujeres, se le calla inmediatamente, nadie le pidió su opinión, el día que alguien lo haga, que se sienta libre de opinar, mientras, no.

Mi mamá nos sigue maltratando, pero ya no me importa, cada vez tiene menos poder sobre mí, me preocupa mi hermana, la amo, pero es la única que puede defenderse y decide hasta donde aceptará el control. Mi padre debe dejar

salir todo eso que tiene atorado. Y madre: deseo de todo corazón que encuentres la paz que tanto necesitas, lo mereces.

#### Parte XI. *Definiéndome.*

Tengo treinta años, soy egresada de la carrera de Psicología, amante del rock, blues, garaje, swing, grunge, heavy metal, punk, ópera, jazz, música de los 80's, cumbias. Me encanta bailar, pero aún trabajo en sentir confianza para hacerlo sin sentirme cohibida. Soy menos enojona actualmente, de hecho, odio gritar, a veces solía hacerlo. Estos últimos meses he salido sin la necesidad de tomar una sola gota de alcohol, me he divertido. He decidido alejarme de personas a las cuales adoro, Liliana amiga mía, no puedo ver como sigues destruyéndote con el consumo constante de drogas, no tengo la fortaleza para estar ahí, me prefiero entera.

Me encanta el color negro, azul, rojo, gris ¿Pasatiempos? Correr, andar en bicicleta, salir a caminar, dormir todo el día, comer y volver a dormir, dibujar. Sé tocar un poco la guitarra, he dejado de practicar. Entrené artes marciales por si un día tengo que defenderme, lo haré incluso si muero en el intento, nadie volverá a tocarme.

Creo en la energía que emana del universo, y somos parte de ese todo, no estamos solos. Dios es lo que tu quieras que sea, no un ser tirano y arrogante que vino a imponerse como la verdad absoluta.

Los hombres y mujeres no somos iguales, cada uno tiene distintos potenciales, la lucha no es por la igualdad, es por la equidad y el balance de condiciones. Hoy en día me proclamo una orgullosa feminista, tuve que hacer un extenso examen de las conductas dañinas que replicaba, esas que están tan arraigadas en nuestra cultura que parecen un clavo difícil de sacar. Nos ha lastimado profundamente.



Te digo hoy, que eres hermosa, no importan tus brazos, la forma de tus piernas ni el tamaño de tu barriga, ¿quieres cambiarlo? Hazlo por ti, no por satisfacer al estereotipo que tanto daño nos ha hecho. Hazlo por tu salud, porque te dio la gana. Tu fortaleza es única, somos millones de mujeres que nos proclamamos hartas de vivir calladas y con miedo, mejor solas que mal acompañadas. Mejor guerreras que sumisas. Busca ayuda, atiende tu salud mental, eres la única fuente de energía que alimentará tu alma, no importa lo que nos haya pasado, vamos a superarlo. ¡Ya basta!

Febrero de 2020

*Ves lo que me haces hacer*

"K'Shy"

Solaseed, Sol para sus seres queridos, se giró para verse finalmente frente al espejo, cuando abrió los ojos pudo ver por el reflejo como sus amigas y familiares suspiraban al verla con su vestido de novia, cuando finalmente se atrevió a verse a sí misma, no pudo evitar que los ojos empezaran a lagrimearle.

— Te ves hermosa — le dijo Yamileth, su mejor amiga, que tomó el papel de líder debido a que su hermana menor Irene no pudo decir nada, de la impresión su madre había comenzado a llorar y ella la estaba tranquilizando. — ¿No es así chicas?

Las demás acompañantes, otras dos amigas más asintieron emocionadas, su madre dijo algo inentendible y volvió a recargarse en Irene, entonces el chico que las estaba atendiendo se acercó para ponerle un velo de novia para que el atuendo se viese más completo. Al acomodárselo, sintió un gran peso sobre ella porque al fin entendió lo que estaba a punto de hacer.

Empezó entonces a soltar lágrimas silenciosas, ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba haciendo hasta que alguien le acercó un pañuelo para limpiarse, en la sala todos la admiraban porque veían a una novia demasiado emocionada por el gran día, pero ella estaba sintiendo nerviosismo, uno que no le agradaba tener.

Siguió recibiendo cumplidos de parte de su *crew* pero los escuchaba lejanos, se seguía viendo en el reflejo y el vestido le empezó a pesar, sonrió fingidamente y le dijo a su asesor que deseaba quitárselo, él asintió sin saber el motivo real.

En el vestidor se quitó el ropaje con gran necesidad, una mujer fue a ayudarla a desabrochar el cierre de la parte trasera pero al ver que había podido hacerlo sin ayuda, se limitó a colocar el vestido en un gancho y la dejó sola para que terminara de cambiarse. Sol sintió una calada cuando vio el vestido colgado, era su vestido soñado, era su boda soñada ¿Entonces porque estaba tan inquieta? No había nada de malo con los preparativos, todo estaba muy bien planeado. Inhaló y exhaló fuertemente en un intento de tranquilizarse, sólo sentía los nervios normales, intentó convencerse de eso.

Una vez en la recepción, fue invadida de nuevo por sus amigas, todas lucían emocionadas al ver como el vestido era preparado para ser entregado finalmente, cuando lo traspasaron pagó la liquidación con la tarjeta dorada de su prometido y todas lanzaron un pequeño susurro en señal de admiración, seguramente era la envidia de todas en ese momento.

Al salir de la tienda su madre y su hermana se disculparon por su pronto retiro, su madre debía de regresar a la ciudad donde vivía porque debía de atender el negocio familiar, e Irene debía de ir a recoger a su bebé que aún no cumplía el año de nacida y por ende le preocupaba separarse de ella por mucho tiempo.

Se despidió de ambas con un abrazo, su madre le dijo que estaba muy orgullosa de ella y su hermana bromeó acerca de que sospechaba que se iba a quedar soltera a pesar de sólo tener 26 años. Sol rió ligeramente y las despidió en el taxi que habían pedido con antelación. Vio el taxi marchar y después se dirigió a sus amigas que parecían planear algo.

— ¡Vamos a celebrar que tienes el vestido! — Exclamó Yamileth — Hay un bar aquí cerca ¿Qué dices? — Sol sonrió.

— Que debo de dejar el vestido en mi casa porque no quiero que se arrugue.

— ¡Pero Demian no debe de ver tu vestido! Estará bien en el auto, yo te pago la tintorería si ocurre algo — Eso fue dicho por Elizabeth, otra de sus amigas más cercana, Tamara, que era la más seria de las cuatro asintió con la cabeza en apoyo a ésta.

— ¿Ves? Todo está arreglado — Sentenció Yamileth mientras intentaba tomar el vestido para guardarlo en el maletero.

— Chicas, es en serio, debo de irme a casa — Repitió ella mientras sujetaba el vestido con fuerza — Perdón, ya tenía planes, Demian va a ir a una cena con un compañero de trabajo y quiere que lo acompañe.

— Buuuu — Exclamó Elizabeth — Ya no quieres salir con nosotras si no es con él, nos estás cambiando — Las chicas rieron por el exagerado tono de lamento que empleó. — Nos olvidarás cuando te cases.

— Por supuesto que no las olvidaré — Las tranquilizó, aunque se sintió dolida al saber que llegarán a pensar eso de ella — Pero esta noche estoy ocupada.

— ¿Te veremos en tu despedida de soltera? — Eso fue dicho por Tamara, que era la encargada de organizar aquella próxima fiesta. — No me has dicho si estás libre ese día y se acerca la fecha, los cambios van a ser cada vez más difíciles si al final me cancelas. Necesito tu confirmación.

— Lo sé, ahí estaré, no te preocupes, sólo que me incomoda que sea exclusivo para mujeres. — Se mordió la lengua antes de poder pronunciar eso.

— ¡Es para que haya un ambiente de confidencialidad! Podremos decir todas nuestras intimidades sin sentirnos juzgadas ¿Qué no lo ves? Haremos rondas de alcohol donde vamos a confesar nuestros secretos más íntimos — Yamileth se acercó a Tamara junto con Elizabeth y las tres se abrazaron — Puede que Tamy sea la encargada oficial pero las tres estamos aportando ideas ¡Será la última vez que nos aloquemos las cuatro juntas!

Sol se obligó a sonreír nuevamente, era por eso que le había encargado la organización de la despedida a Tamara, ella era tranquila y su fiesta no causaría problemas si ella la manejaba, pero con la intervención de la actitud extrovertida de Yamileth y el alcoholismo restringido de Elizabeth, se imaginaba que tipo de proyecto X estaba por ocurrir.

Para evitar una pelea se despidió rápidamente sin dejarlas hablar, ignoró su amenaza de que ellas festejarían solas, tomó sus cosas y partió hasta su auto, colocó el vestido en la parte trasera para que no se arrugase mucho y entonces suspiró antes de emprender su camino hasta el restaurant donde Demian la estaba esperando.

Incluso antes de aparcarse vio cómo su prometido la estaba esperando en el estacionamiento, se veía impaciente, tenía los brazos cruzados y su pie se movía sin ritmo alguno, se forzó a sonreír, y no se dio cuenta que esa obligación se estaba haciendo cada vez más frecuente.

— Había olvidado que no apreciabas el tiempo de los demás — Dijo cuando apenas se puso frente a él, ni buenas tardes, ni ¿cómo te fue? Se detuvo por un momento por la brusquedad de sus palabras pero intentó comprenderlo, se había atrasado a su cita quince minutos.

— El tráfico, ya sabes — Contestó desviando la mirada, odiaba mentirle, pero en serio le gustaba pasar tiempo con sus amigas.

— Siempre es el tráfico, te dije que por eso no compraras el carro, es demasiado para ti, te dije que podría moverte yo.

— No quiero ser una carga — Respondió simple, no quería tocar el tema de nuevo, él siempre la criticaba por sus habilidades de conducción aunque fuese la mejor conductora entre todas sus amigas.

— Para mí no lo eres, quien sabe los demás — Se acercó para besarle la frente y tomarle la mano — ¿Vamos?

Ella asintió mientras era arrastrada hasta el restaurante. Al llegar a las mesas se encontró en medio a una pequeña familia de tres, un hombre treintañero, su esposa que se veía de su misma edad y una pequeña niña de unos cuatro años. El hombre les hizo una seña con la mano al verlos acercarse.

— ¡Mario! — Saludó Demian — ¿Cómo estás? ¿Ésta es tu familia? — El nombrado se puso de pie mientras lo abrazaba, la mujer y la niña lo imitaron y empezó la presentación.

— Sí, te presento a la mujer más hermosa, Erika y a la niña de papá, la pequeña

Eri — Contestó él mientras su esposa saludaba a Sol de beso en la mejilla.

— Ella es Sol, una mujer incompleta hasta que me conoció — Bromeó Demian mientras la abrazaba — Es mi prometida, nos casaremos dentro de poco.

— Felicidades — Le dijo Erika — Serás una novia hermosa.

— Gracias, espero ser una esposa feliz como tú. — Regresó el cumplido mientras se agachaba para saludar a Eri.

— ¿Nos sentamos? — Ofreció Mario al ver que ya no tenían nada más que hacer parados.

— Sentémonos. — Apoyó Demian.

Todos tomaron asiento, cada pareja de cada lado de la mesa, a la pequeña Eri le llevaron una silla especial y papel con colores para que se entretuviese.

— Perdón por la tardanza — Se disculpó Sol para romper el hielo — El tráfico estuvo horrible.

— ¿Tardanza? Llegaron 15 minutos antes — señaló Mario. La chica miró desconcertada a su pareja, éste sólo tenía una sonrisa burlona en el rostro y le tomó la mano.

— Te conozco, tuve que mentir con la hora para que llegaras bien. — Le contestó. Ella se mordió el labio, pudo haber convivido un poco más con las chicas.

— Nosotros llegamos temprano porque a Eri le encanta la zona de juegos de aquí, pero ustedes llegaron bien, no te preocupes — La tranquilizó Erika.

— Gracias. — Fue lo único que se atrevió a decir.

La plática fue tranquila, la mayor parte del tiempo Sol permaneció callada, pero así le gustaba a Demian, eran los amigos de él no los suyos, así que se limitó a asentir cuando fuese lo estrictamente necesario.

Llegó el momento de ordenar y Demian pidió por ella como era usual, una ensalada desabrida que muy pocos restaurantes lograban complacerla.

— ¿A dieta? — Preguntó Erika, se veía amigable porque siempre quería incluirla en la conversación. A Sol le empezó a agradar.

— Es por la boda, está ansiosa — Respondió Demian — Quiere que todo esté perfecto.

Sol rió.

— De hecho hoy me entregaron el vestido, me quedó muy bien. — Dijo con una sonrisa, Erika pareció emocionarse al escuchar aquello.

— ¿Tienes alguna foto? Sé que Demian no lo tiene que ver, pero una amiga sí ¿verdad? — Ella estuvo a punto de sacar su celular para mostrar las fotos que las chicas le habían tomado pero su novio la detuvo con la mano.

— Todos esperaremos hasta el día de la boda — Las interrumpió — No quiero que todos la hayan visto menos yo, me sentiría mal.

— Sí que eres sentimentalista — comentó Mario — Nunca te había visto así.

El aludido se rascó la cabeza en señal de nerviosismo fingido.

— Ella me hace ser así — confesó.

El resto de la velada pasó sin contratiempos, la pequeña Eri era una niña muy tranquila y los dejó despedirse sin apuros, a Demian le encantó su comportamiento, y eso sólo logró incomodar a su pareja.

Al bajar de nuevo a estacionamiento, Demian jaló a Sol hacía su camioneta.

— Deja el auto aquí, mañana vendré por él. No quiero que conduzcas sola, ya es noche.



Ella miró el reloj, las 9:27 p.m, el cielo ya estaba oscuro pero no diría que era muy tarde.

— Me las puedo arreglar — Replicó.

— Sol, dame las llaves.

La nombrada volvió a desviar la mirada, lo conocía perfectamente, ese era un truco que utilizaba para llevarla a su departamento en lugar del suyo alegando que no quería regresar tan noche, luego, le quitaría la llave de su auto y no se la devolvería en una semana aproximadamente, sólo para que ella estuviese obligada a pedirle que la moviese, y él decidiese si era apto o no para ella ir a ciertos lugares a los que necesitaba asistir.

— Ya te dije, yo puedo...

— ¡TE DIJE QUE ME DES LAS LLAVES! — Le gritó y ella automáticamente encogió los hombros mientras buscaba la llave de su vehículo, temblando.

Dentro está el vestido de novia, debemos de tener cuidado — Comentó con la voz baja, no lo quería admitir, pero últimamente él se había vuelto así, muy temperamental.

— ¿Ves lo que me haces hacer? — Preguntó él, ignorándola — Me estreso en el trabajo porque quiero darte una vida de reina y no cooperas ¿Sabes cómo me siento? Tu lindo vestido no se pagará solo, tu misma pagaste con mi tarjeta, pero si se pierde que importa, compraremos otro, el que está en el auto es talla 6 podemos hacer que se convierta en 4.

Sol no supo que cara poner, le tendió la llave y aceptó subirse a su camioneta, deseando que esa noche él estuviese tan cansado que decidiera llevarla a su departamento.

Sus deseos no se cumplieron, llegaron al hogar de él. “Caballerosamente” Demian se bajó para abrirle la puerta, y ella tuvo que cerrar los ojos porque apenas al tocar el piso, sintió como él estrujo de forma ruda su trasero.

— Creí que estabas cansado — Dijo al intentar apartarse — Si estás estresado te puedo dar un masaje y nos dormimos temprano.

— Creo que conoces otra forma para quitarme el estrés — Le respondió mientras llevaba su mano hasta su entrepierna, ella la quitó de golpe, por Dios ni siquiera habían atravesado la puerta de la casa.

— Primero ve a bañarte, después de tocar el agua me dices cómo te sientes —

No se le ocurrió otra cosa que decir, no tenía ganas, pero se sentía comprometida con él, dialogar no funcionaba en esa situación, porque él le decía que siempre había que hacer pequeños sacrificios cuando se estuviese en una relación, y ella tenía que sacrificarse de cierta manera.

Entraron a la casa y su pareja fue inmediatamente al baño a darse una ducha, ella entonces se escabulló a la cocina para buscar algo de comer, las porciones que él pedía para ella siempre la dejaban con hambre, pero le daba vergüenza pedir más al estar frente a las amistades de él.

Cogió una manzana y dos rebanadas de jamón, con eso su estómago aguantaría hasta el día siguiente. Como escuchó que Demian seguía en la ducha fue entonces a su habitación para buscar algo de ropa para ponerse, porque si no lo hacía, él muy astutamente la haría dormir desnuda.

Encontró una pantalonera vieja de él y una playera de algodón que se veía fue un regalo improvisado y los ocultó entre las toallas, ganaría más tiempo para que él se aburriese si se bañaba también.

Apenas salió del baño, ella entró casi corriendo mientras le señalaba las toallas, pareció confundido, pero no le dio tiempo de alegar porque cerró la puerta con seguro y puso música en su celular.

Se bañó lentamente, pero no tanto para que él le reclamara que estaba gastando mucha agua, se quitó la mugre del día y se puso su improvisado pijama, cuando salió, Demian estaba acostado viendo su celular y tomando seguramente vodka o whisky, aunque inmediatamente alejó los objetos cuando oyó que el seguro se quitó.

¿Por qué me haces esto? — Preguntó indignado — Por qué ocultas tu cuerpo de esa manera.

— Creí que querías dormir — Se defendió ella, mientras se acercaba a un peinador a tomar un cepillo y conectar su secadora.

Por el ruido del aparato tampoco hablaron, pero su cabello corto se secó rápido y no tuvo alguna otra opción que acostarse a lado de él.

— Estuve pensando — Comentó él cuando se juntó hacia ella y la acomodó para que le abrazara el pecho. — Me gustó mucho ver a la familia de Mario, Eri me cayó muy bien ¿A ti no? — Ella se golpeó la cabeza mentalmente, sabía lo que veía a continuación.

— Sí, es una niña muy linda — Contestó tranquila, moderando su voz para que no se escuchara emocionada o algo por el estilo.

— Al verla en serio me imaginé a nosotros dos, cuidando a uno o dos niños pequeños, ¿Lo captas? Castaños como tú pero con mi inteligencia, serían unos niños hermosos.

Ella intentó romper el abrazo pero él la sujetó.

— ¿Sí te los imaginas? — Volvió a preguntar.

— Demian, ya te lo he dicho — replicó cansada — Adoro a los niños, son hermosos, pero aun no me siento lista para dar ese paso.

Pero ¿Por qué? — Cuestionó él mientras se levantaba y se sentaba ahí mismo en la cama — Acepaste ser mi esposa ¿no?

— Sí, y te amo — confirmó — Pero quiero disfrutar nuestro matrimonio, no quiero tener una gran carga sin haber...

— ¿Estás diciendo que nuestros hijos serán una carga? — La interrumpió, ofendido.

— No, no me estás entendiendo — intentó calmarlo — A lo que me refiero es que un hijo es una gran responsabilidad, y debemos de estar preparados, no sólo financieramente sino mentalmente, un niño requiere mucha atención y si los dos trabajamos no podremos encargarnos al 100% de él.

— Entonces renuncia, que tu único trabajo sea estar pendiente del bebé.

— Pero me gusta trabajar, ¿No me estás entendiendo?

— Tu eres la que no me entiende — debatió él — Vas a ser mi esposa, y como mi esposa me debes de dar hijos, es lo normal, lo que se espera de ti.

— Y lo haré... pero no próximamente. — Sol se sentía asfixiada, ese era un horrible tema que siempre intentaba evitar. ¿Cuántos temas debía de evitar para tenerlo contento? Ya había olvidado la cuenta.

— Pero yo quiero — Señaló su prometido.

— Pero yo no — Contraatacó.

Él pareció meditarlo un momento.

Eres una persona horrible — Le dijo, volviendo a llamar su atención — Te gusta el sexo pero no te gusta tener hijos ¿Sabes lo ilógica que sueñas? ¡Eres una egoísta!

— Yo sé lo que conlleva al sexo, pero no mezcles dos cosas que no tienen nada que ver. — Se levantó entonces ella, odiaba que la menospreciara de esa manera, no se iba a dejar aplastar.

— Por supuesto que tienen que ver, eres una cachonda ¿Por qué estas hoy en mi casa si no es para coger? ¿Eh? — La retó.

— ¡Porque tú no quisiste llevarme a mi casa! — Exclamó indignada, odiaba que la quisiera ver como la mala del asunto.

— ¡Pero ni siquiera te quejaste! ¡Obviamente que lo entendí como una indirecta!

— ¡No dije nada porque quería evitar una discusión!

— ¡Pues la estamos teniendo cariño! — Señaló él gritando, ella se asustó, odiaba estar así, la última vez que discutieron en esa casa él le puso llave a la habitación y no la dejó salir, pero tampoco la dejó dormir en la cama, así que pasó toda una noche dormida en el suelo. — ¡Y es por tu actitud de zorra! ¡Yamileth te contagió eso de ella!

— ¡NO METAS A ELLA EN ESTO! — Ese comentario fue la gota que derramó el vaso, ella adoraba a sus amigas pero él no quería que las viera tan a menudo, aceptó a regañadientes aquello, pero no iba a permitir que le faltaran al respeto.

—

NO TIENEN NADA QUE VER ¿ENTENDIDO?

Por supuesto que tienen algo que ver — La voz de él se calmó, aunque usó un tono que le causó escalofríos. — Todas tus amigas son unas cualquiera, no sé por qué quieres estar con ellas cuando me tienes a mí, incluso a mis amigos, ¿o me dirás que Erika y Mario son malas personas?

— Demian estás mezclando cosas...

— ¡¿SON MALAS PERSONAS? — Aquel grito la hizo estremecerse, deseó internamente que ningún vecino llegara a escucharlo.

— No — Contestó resignada.

— ¿Ves? — Volvió a usar su tono tranquilo — Ellos son buenos, pero tú y yo tenemos esta discusión porque las acabas de ver ¿Te das cuenta de la relación? Todas aquellas zorras son el problema.... — Se detuvo a pensar de nuevo — Te están haciendo una de ellas ¿Por eso te comportas así? ¿Te debo de tratar entonces como a una prostituta?

Sol se asustó al escuchar aquello, eso, nunca se lo había dicho, le había dicho otras cosas pero nunca le había faltado a su persona de esa manera.

— Demian, no, ya hay que dormirnos — Intentó cambiar el tema, pero él sujetó sus brazos, la acomodó boca arriba y sus muñecas quedaron arriba de su cabeza. Ella sólo gritó debido al susto del brusco movimiento.

— No, no hay que dormir ¿Ves? Apenas te estrujo un poco y ya estás gimiendo. ¿Te gusta? — Ella volvió a gritar cuando sintió como él le baja el pijama que se había puesto, no tenía ropa interior así que tenía toda su piel expuesta a él, intentó liberarse pero su novio todavía la tenía sujeta de las muñecas con su mano grande y fuerte. — Sí, te gusta.

— Demian, me estás asustando, detente por favor, Demian — Empezó a suplicar, estaba aterrada, nunca había visto esa faceta de él y le daba miedo, no sabía... hasta qué punto pudiese llegar.

— No, ya me calentaste, ahora me cumples — Le dijo mientras se subía arriba de sus piernas desnudas, ella se bloqueó en ese instante, él no era muy grande o pesado, sin embargo fácilmente era el doble de fuerte que ella, y más en ese momento que no estaba comiendo nada bien.

— Quítate por favor, esto no es divertido — Volvió a rogar, deseando que eso fuese una broma de su parte, no obstante como él ya había dejado una mano libre, ésta le levantó la camisa que tenía para mostrar su pecho vulnerable, lanzó un resoplido de excitación cuando dejó que la tela le cubriera el rostro y ella empezó a moverse más y más desesperada, el no ver le causaba histeria, Demian lo sabía perfectamente. — ¿Ves? Estás ansiosa porque te la meta —

concluyó él, mientras ella intentaba no concentrarse en la oscuridad — Oh, te ves tan perfecta así, voluble a mi voluntad. Me encantas.

Sol intentó volver a hablar pero en eso sintió como sus manos empezaban a ser atadas con algo a la cabecera de la cama, por la sensación que le dio la tela supuso que era la corbata que traía puesta momentos antes.

— ¿Qué estás haciendo? ¡Quítate! — Exclamó, aun sintiendo el peso de él sobre sí.

— Oh, estás matando todo, cállate — Le recriminó él y le puso una almohada sobre el rostro. Sol ya no pudo abrir los ojos y empezó a moverse desesperadamente cuando él empezó a presionar el cojín sobre su rostro, el muy cabrón la estaba intentando ahogar. — Así me gusta, que te muevas a mi voluntad — Comentó él cuando dejó de presionar la almohada, ella simplemente se dedicó a tomar aire, tenía los ojos llorosos y aun no podía ver nada porque la camisa la seguía cubriendo. — ¿Te gusta?

— De-Demian, ya... por favor, basta — Dijo con la garganta seca, pero en eso sintió como algo más volvía a cubrir su rostro, tembló por inercia aunque no volvió a sentir la presión anterior, simplemente todo estaba oscuro y sentía como el miedo empezaba a congelarla.

— Ignoraré la última palabra — Escuchó decir lejanamente y en eso sintió como una mano empezaba a acariciar sus pechos bruscamente, no, acariciar no era la palabra, él estaba golpeando sus pechos de forma sádica, ella se revolvía por el dolor que le producía, pero al hacer eso sólo lograba que él la golpeará con más fuerza, tomó aire para volver a gritar pero en eso sintió como la almohada volvía a hacer presión contra su rostro. — Si intentas arruinar esto, no me hago responsable de cuánto tiempo te quedas sin aire.

Se mordió los labios para evitar gritar, el dolor de un pecho bajó cuando dejó de golpearlo, pero el otro fue mucho más doloroso al sentir que la estaba mordiendo,

agitó las piernas en un intento de quitárselo de encima, intentó hacer fuerza con los brazos con el deseo de deshacer el nudo que le había hecho, pero su cuerpo dejó de moverse cuando escuchó *“Ah, así con que te estás viniendo”* Y sintió como un dedo entraba en su intimidad.

Se quedó estática, no, eso no lo quería, empezó a llorar mientras sentía como él hacía un intento de masturbarla, percibió como sus músculos empezaron a endurecerse y contraerse pero no era por placer, ella deseó que él entendiese que no quería hacer aquello.

— Creo que entiendo lo que me dices — Escuchó decir por parte de él, y se empezó a relajar, al fin se iba a acabar aquello — Un dedo no te hace nada, pero seguramente mi verga hará que te vuelvas a contraer de nuevo.

No tuvo tiempo para pensar, las manos de él le abrieron las piernas y sintió como el miembro de él entraba contra su voluntad en ella. No estaba lubricada, y esa estocada le dolió bastante, gritó de dolor pero se arrepintió en el acto, porque él hizo un movimiento que le hizo sentir que algo se había rasgado dentro de ella.

— Esta tan estrecho así, te amo, te amo — Comenzó a gemir Demian mientras la penetraba, Sol sólo se limitó a llorar en silencio, esperando que él se viniese rápido para que dejara de hacerle lo que le estaba haciendo. — Y mira, sin condón para que descubras que la maternidad será algo bueno para ti.

Sintió asco de sólo imaginárselo arriba de ella, las lágrimas que le recorrían el rostro le ardían, él estaba abusando de ella, y no podía hacer nada para evitarlo, lo único que quería es que acabara para que se detuviera y pudiese bañarse nuevamente.

Las penetraciones duraron un tiempo hasta que Demian se empezó a aburrir.

— ¿Sabes? Creo que si no te mueves seguiré haciendo esto, pero no es divertido

— Dijo sobre las telas — Muévete de nuevo como lo estabas haciendo, porque si no me vengo en tu vagina, me vengo en tu culo.



Sol no sabía que tanto más quería humillarla, pero aceptó moverse, prefería que se viniese en ella en algo que estaba preparado para recibirlo que en una zona que le generase un desgarré mayor. Si bien los primeros movimientos fueron provocados, los últimos los hizo su cuerpo solo, aunque eran contracciones musculares que hacía su abdomen al sentir náuseas por todo lo sufrido.

Se obligó a tragarse su vómito, no sabía si él la liberaría debido a eso o la llegase a castigar más, porque había comido algo más en su dieta, y si él veía algo en sus jugos gástrico que no viniese en el platillo del restaurante, sospechaba que lo que le estaba haciendo sería una caricia a comparación de un castigo por estar gorda y no hacer nada por evitarlo.

— Así me gusta ¡SOL! — Gritó él mientras la jalaba hacía sí, ella volvió a llorar cuando sintió como algo caliente empezaba a llenar su zona íntima, pero por fin había acabado.

Su cuerpo estaba sudoroso, quería meterse a bañar porque se sentía sucia, por fin sintió su cuerpo liberado del peso que Demian significaba y creyó que la soltaría, pero sólo vio que la luz del cuarto era apagada y sintió como Demian se acostaba a su lado y la abrazaba.

— ¿Qué no vas a soltarme? — Dijo, y sintió como sus hombros empezaban a cansarse.

— Nah, tengo sueño — Contestó cínicamente. Ella como pudo se giró para estar frente a él, no lo veía, pero esperaba que él notara que estaba hablando en serio.

— ¡Suéltame! — Gritó, pero sólo consiguió que él se levantara de la cama.

— ¡Ya te dije que no! ¡Tengo sueño! Y si vas a seguir así, dime para irme al sillón a acostarme.

— Demian déjame ir — Empezó a moverse desesperadamente, ya la había tomado ¿Qué más quería de ella?

— No, tengo sueño — Volvió a replicar y en eso sintió como le aventaba algo de papel. — Toma, por tus servicios, zorra. — Le dijo como última cosa y Sol entendió que le había lanzado billetes. Ya no dijo más, salió del cuarto, y ella escuchó como le ponía seguro a la puerta para después quedar todo en silencio, ella intentó entonces desamarrarse, el cuerpo le dolía pero sabía que los hombros seguramente pudiesen sufrir una luxación si seguía así.

No supo cuánto tiempo estuvo luchando contra la atadura de él, pero por fin logró deshacer el nudo, se quitó la camisa que le había cubierto el rostro y buscó a oscuras su pantalonera, deseaba bañarse pero Demian se daría cuenta inmediatamente, así que a pesar de tener líquido de él encima, se puso el pantalón y empezó a buscar una forma de escapar.

La puerta estaba cerrada y el baño no tenía una ventana grande, así que solo le quedaba el pequeño balcón que daba a la calle, aunque la habitación estaba en un segundo piso y la caída pudiese causarle un mal mayor, no obstante prefería estar en el hospital rodeada de gente que estar a solas con él.

Los oídos le zumbaban y sentía el corazón a mil por hora, fue al baño por su celular y se percató que él dejó el suyo en la mesita de noche, agradeció a Dios por aquello y entonces desde su celular pidió un taxi, agradeció que fuese conducido por una mujer porque su estado era lamentable.

Dio una dirección cercana para que él no viese la luz del vehículo y lentamente abrió la puerta del balcón para intentar huir, tenía miedo, si él llegaba a descubrirla si sería capaz de lanzarla. Empezó a buscar algo con que bajar, una escalera, una cuerda, algo, en las películas había visto que también podía usar sábanas, pero se sentía tan torpe e ida que estaba segura que no lo lograría.

No encontró nada pero el vecino de al lado tenía un árbol que podía escalar si se lanzaba ¿Cómo era posible que hubiese llegado a ese punto? Ella era la prometida, entraba a la casa por la puerta principal y saludaba a todos a su alrededor ¿En qué momento tuvo que irse como una fugitiva?

Esos pensamientos fueron los que la animaron a saltar, lo consiguió, estaba temblando, aterrada y sucia pero se sentía libre, ahora el problema era bajar, la gravedad la estaba ayudando, pero eso hacía que la ropa empezara a romperse y le daba una imagen más lamentable de la que tenía. Soltó ligeramente un brazo y después el otro, estaba bajando lentamente, pero cuando le tocó el turno a sus piernas de moverse, no pudo más y cayó de espaldas, éstas estaban demasiado doloridas.

El dolor le mareó, pero el verse frente a la casa la hizo recordar que había logrado su cometido, se sacudió la tierra y agradeció que el jardín del vecino tuviese pasto que le amortiguó algo la caída. Ahora lo que necesitaba era correr.

Ya no importaba si alguien la veía o no, necesitaba llegar a la zona donde había solicitado su taxi, sus pasos se le hicieron eternos pero vio la luz al final del túnel, el taxi aparcándose a dos cuadras de distancia.

La conductora se sorprendió cuando la vio entrar con tal rapidez a la parte trasera, se giró hacia ella para confirmar su identidad, pero cuando la analizó, decidió acelerar a toda prisa, asustada al sospechar que alguien pudiese seguirlas y dañarlas.

Sol se calmó un poco más cuando se alejó de la colonia donde él vivía, temblando tomó su celular y le llamó a la única mujer a la que podía tenerle confianza, su mamá.

Empezó a rezar esperando que ella le contestase, después de cuatro timbres eternos el teléfono fue descolgado.

— ¿Bueno? ¿Solaseed? — Escuchó del otro lado de la línea, y tuvo que taparse la boca para evitar llorar; la voz de su mamá, a pesar de estar adormilada, era tranquilizadora. — ¿Estás bien mi niña? — Eso la quebró, esa era la pregunta que siempre le hacía cuando ella tenía una pesadilla o un mal día.

— Mami — Dijo mientras se tragaba sus lágrimas, decir aquello la hacía sentir una infante — Mami perdón, estoy confundida, no se si soy buena hija o no, yo...

— Empezó a recitar, y no se dio cuenta, pero la conductora del taxi había comenzado a llorar junto con ella — Mami he roto tu sueño, yo... no me quiero casar. — Y lo soltó, esa duda que la había carcomido por dentro desde que aceptó el anillo. — No sé qué hacer, no sé. Ayúdame por favor.

No escuchó lo que su madre le contestó, había soltado el celular porque se abrazó a sí misma, se sintió la peor persona al decir aquello, Demian no la perdonaría nunca, sollozaba sin contenerse, aunque no sabía si de arrepentimiento o de temor.